

# EL CABALLERO DE GRACIA

Personas que hablan en ella:

- El CABALLERO de GRACIA
- RICOTE, lacayo
- ISABELA, dama
- DECIO, criado
- LAMBERTO, caballero
- JULIO CATAÑO
- ESPERANZA, criada
- CAMILO, caballero
- SABINA, dama
- CONRADO, caballero
- GINÉS
- PAULO ADORNO, caballero
- El CARDENAL ESPINOSA
- Don CRISTÓBAL de MORA
- Don PEDRO, caballero
- FISBERTO, caballero
- La PRINCESA doña JUANA
- Don DIEGO, caballero
- Don JUAN
- El REY FELIPE II
- INÉS, criada
- ROBERTO
- Un ÁNGEL
- Un CAPITÁN
- Un CRIADO
- Un PAJE
- Un PINTOR
- MÚSICOS

## JORNADA PRIMERA

*Sale el CABALLERO de GRACIA y LAMBERTO, su  
cuñado*

LAMBERTO: Pues a mi cargo has quedado,  
tu remedio está a mi cuenta,  
y así quiero darte estado.

CABALLERO: Si tu amor honrarme intenta,  
trueca el nombre de cuñado

en el de hermano apacible;  
no fuerces mi inclinación,  
mira que es cosa terrible,  
sabiendo mi condición,  
casarme.

LAMBERTO: Ya es imposible  
deshacerse este concierto.

CABALLERO: ¿No ves que ya mi edad pasa  
de los límites, Lamberto,  
que piden bodas?

LAMBERTO: Tu casa,  
como sin hijos han muerto  
tus padres, reduce en ti  
mi nobleza y sucesión.  
Palabra a Jacobo di  
de casarte, y no es razón  
no cumplirla.

CABALLERO: Resistí  
a mis padres tantos años  
el peso del casamiento,  
Argel de penas y engaños,  
sirviéndome de escarmiento  
sucesos propios y extraños  
que ya en mis amigos veo,  
ya entre mis parientes toco,  
ya en varias historias leo,  
¿y quieres volverme loco  
violentando mi deseo?

LAMBERTO: Lo que no pudieron ellos  
podrá hoy mi autoridad.

CABALLERO: Nunca enlaza amor dos cuellos  
por fuerza, ni hay voluntad  
que vaya por los cabellos.

LAMBERTO: En individuos tributo,  
¿será bien que tú seas menos  
que un roble tosco, que un bruto?

[...]

CABALLERO: Ya que tú casado estás  
con Isabela, mi hermana,  
el ser resucitarás  
de nuestra casa.

LAMBERTO: ¡Qué vana  
excusa a mis ruegos das!  
No se estima por mujer  
la línea que ilustra al hombre  
y da al hijo todo el ser,  
pues del padre toma el nombre  
quien se quiere ennoblecer.  
Deja de filosofar  
y advierte que me encargó

que te obligase a casar  
tu padre, cuando murió.  
Y que a Sabina has de dar,  
mi hermana, la mano y si,  
pues de Ferrara ha venido  
sólo a este efecto, o de aquí  
has de irte.

CABALLERO: No es mal partido  
el último para mí;  
pues si es el conyugal peso  
de los cuerdos tan rehusado  
y a tantos priva del seso,  
más vale estar desterrado  
que no vivir siempre preso.  
Mi natural es más quieto,  
pues a la iglesia me inclino;  
déjame, si eres discreto,  
seguir aqúeste camino,  
más seguro y más perfeto.

LAMBERTO: Sabina es noble y honesta,  
y en fin, mi hermana, que basta;  
a mi gusto está dispuesta;  
la mujer ilustre y casta  
ni es liviana ni es molesta.  
De la tuya soy esposo,  
si tú lo eres de la mía,  
y a su dote caudaloso  
juntas tu hacienda, sería  
un parentesco dichoso  
el nuestro, y no habrá poder  
que en Módena nos iguale.  
Esto, Jacobo, ha de ser.

CABALLERO: La hacienda, hermano, ¿qué vale  
en manos de una mujer?  
Gózala toda, y no intentes  
cautivar mi voluntad  
con tantos inconvenientes.

LAMBERTO: Cuando mires su beldad,  
sus costumbres excelentes,  
su discreción y valor,  
aunque un mármol fueses frío,  
te has de abrasar en su amor.  
Jacobo, éste es gusto mío,  
no provoques mi rigor,  
en una quinta te espera,  
hoy las vistas han de ser;  
imita a la primavera  
en galas, porque es mujer  
de buen gusto, y no quisiera  
que en ti hallase imperfección

que su amor desazonase.  
Háblala con discreción  
y finge, aunque no te abraze,  
que eres de su sol Faetón;  
no apartes los ojos de ella,  
suspira de cuando en cuando,  
tómala la mano bella.  
Si estás con otros hablando,  
hazla entender que, por ella,  
ni en lo que dices estás  
ni a propósito respondes,  
y de esta suerte verás  
qué presto en tu pecho escondes  
el amor que huyendo vas  
y que empiezas a adorar  
lo que, por no conocer,  
hasta aquí te dio pesar;  
que esto de amar y comer  
no está en más que en comenzar.  
Voy a llamar quien te vista  
de vistas, porque has de ir luego.

*Vase LAMBERTO*

CABALLERO: Mejor me fuera el ir ciego  
que a tales vistas con vista.  
Cielos, para que resista  
tal violencia, dadme fuerza  
antes que Lamberto tuerza  
mi inclinación y la doble,  
que no es la voluntad roble  
que ha de dar fruto por fuerza.  
Yo estoy contento, mi Dios,  
con mi quieta soledad.  
¡Aquí de Dios! Libertad,  
¿por qué no volvéis por vos?  
Mas diréisme que entre dos  
conserva el Amor su estado,  
que la soledad da enfado;  
mas sólo da luz Apolo,  
que más vale vivir solo  
que no mal acompañado.

*Sale RICOTE con una fuente, capa y gorra con plumas,  
y aderezo de espada dorada*

RICOTE: El novio recoleto  
a vistas, Amor te llama;  
gorra con plumas, la fama  
te ofrece calza y coletto.  
Módena te espera toda  
con la novia en una quinta  
donde el abril mayos pinta;  
goza del pan de la boda  
que te amasa la belleza  
de una mujer, que ahora es  
miga toda, aunque después  
se te ha de volver corteza.  
Busca dientes de diamante,  
porque las mujeres son,  
por lo dulce, de turrón;  
por lo duro, de Alicante,  
y buen provecho te haga.

CABALLERO: ¡Ah, Ricote, que haya dado  
en casarme mi cuñado!

RICOTE: El nombre te satisfaga  
y haz lo que manda, no gruñá,  
que es cuñado con ventaja,  
y en fe de serlo te encaja  
su hermana en lugar de cuña.  
Vístete si has de ir allá.

CABALLERO: Bien sabes tú cuán pesado  
tiene de serme este estado.

RICOTE: Si un yugo por premiódá,  
ya sospecho las molestias  
de una mujer que es verdugo,  
que nunca se pone el yugo  
si no es para domar bestias.  
Dierante a ti andar de día  
de jubileo en sermón,  
no dejar congregación,  
no perdonar obra pía,  
disminuyendo procesos,  
consultando confesores,  
reprehendiendo jugadores,  
pagando deudas a presos,  
y de noche en hospitales,  
entre humildes ejercicios,  
desopilando servicios  
y bazucando orinales.  
En oyendo el esquilón,  
a pesar del lodo y vientos,  
acompañar sacramentos,  
dar a pobres tu ración.  
Volver a casa desnudo  
y rezando Ave Marías,

cenar dos lechugas frías  
y un huevo entre asado y crudo.  
Dormir sobre una tarima,  
poco y mal, y cuando al alba  
hacen los pájaros salva,  
tener ya rezada prima.  
Que en este entretenimiento,  
que otros llamarán castigo,  
no estimarás en un higo  
el más rico casamiento.

CABALLERO: Eso, Ricote, apetezco,  
y sin ello me hallo mal;  
mi inclinación natural  
es, poco en ello merezco;  
pero, en fin, me dan mujer.

RICOTE: Casarte y tener paciencia,  
que no es mala penitencia  
si la acostumbras a hacer;  
que, en fe de lo que aprovecha,  
puedes hacer, si te casas,  
cuenta, señor, que te pasas  
a religión más estrecha.

CABALLERO: Más con eso me molestas.

RICOTE: Vístete si habemos de ir.

CABALLERO: ¿Cómo he de poder sufrir  
tan terrible peso a cuestras?

RICOTE: Como quien lleva la cruz  
del matrimonio, excelente;  
tú serás el penitente  
y yo el cofrade de luz.  
Mas mira: si al fin te casas  
y vivir seguro quieres,  
haz cuenta que las mujeres  
son castañas en las brasas  
Regalallas y querellas  
mas, si en fe de tus amores,  
se te suben a mayores  
porque no falten morderlas,  
ni tanta mano les des  
que vengan a ser cabeza,  
ni muestres tanta aspereza  
que las trates como a pies.  
Si de estos extremos dos  
quieres hallar el remedio,  
la virtud consiste en medio,  
que no sin misterio Dios,  
cuando a la mujer ser da,  
en fe de esta maravilla  
la formó de una costilla  
que en medio del cuerpo está.

Y con esto emplúmame,  
pues ya te has puesto- las galas.  
CABALLERO: ¡Ay plumas, servidme de alas,  
y de una mujer huiré!  
RICOTE: No me espanto que te pese,  
que es carga de ganapán,  
y si Dios se la dio a Adán  
aguardó que se durmiese.

*Salen SABINA, ISABELA y CAMILO*

SABINA: ¡Bella quinta!  
CAMILO: ¡Deleitosa!  
En ella la primavera,  
que en estas bodas espera  
verte de Jacobo esposa,  
también hace ostentación  
de sus galas al Abril.  
ISABELA: Mira en tazas de marfil  
brindar la murmuración  
de estas fuentes a la risa,  
que cuando a la sed provocas  
por ti se hace todas bocas.  
CAMILO: Mientras murmura te avisa,  
si no es que te reprehende,  
del mal pago que a Conrado  
con esta mudanza has dado.  
SABINA: Mi hermano su amor ofende,  
que a casarme me ha traído  
y es fuerza el obedecerle  
si por padre he de tenerle.  
Sabe Dios que he resistido  
su voluntad hasta aquí;  
está mi dote a su cuenta.  
¿Qué he de hacer?  
ISABELA: Mi esposo intenta,  
juntando tu hacienda así  
con la de mi hermano, hacer  
de todas cuatro una casa.  
CAMILO: Cuando sepa lo que pasa,  
Conrado ha de enloquecer  
de pena y celos.  
SABINA: No hay ya  
quien de celos pierda el seso.  
CAMILO: Que te adora te confieso.  
SABINA: La ausencia le curará;  
que en Ferrara hay medicina  
y contrahierba de amor.  
CAMILO: Aunque el médico mejor

es el tiempo, en fin, Sabina,  
si es amor enfermedad,  
mientras sus términos pasan,  
¿qué ha de hacer cuando le abrasan  
memorias de tu beldad?

SABINA: Si él supiera que venías  
a más que a ver a tu hermano,  
y que usurparle la mano  
que suya juzgó querías,  
a otro Ariosto diera copia  
para escribir sus locuras.  
Orlando hacerle procuras,  
aunque en mí es la historia impropia,  
que ni Angélica me llamo  
ni le dejo por un moro,  
pues ni es, Jacobo, Medoro,  
ni con liviandad le amo.  
A vistas vengo, ¿qué quieres?  
Lícito es ver.

CAMILO: Es verdad;  
mas tenéis la voluntad  
en los ojos las mujeres.  
No saldrás libre de aquí;  
avisar quiero a Conrado,  
aunque si él fuera avisado  
no se apartara de ti;  
porque es la mujer, en suma,  
como el pájaro liviano,  
que en abriéndole la mano  
vuela, y si deja algo es pluma.

*Vase*

SABINA: En fin, Isabela hermosa,  
¿tengo de ser tu cuñada?

ISABELA: Y aunque en el nombre pesada  
en las obras amorosa.

SABINA: ¿Jacobó de Gracia es  
discreto, cuerdo, apacible?  
¿Es riguroso o terrible,  
conversable o descortés?  
Que habiendo de vivir tanto,  
con él, justo es que me informe  
si es a mi gusto conforme.

ISABELA: Mi hermano es, amiga, un santo.  
No te pueden dar los cielos  
más segura compañía;  
no, temas, Sabina mía,  
que te desvele con celos;



que jugándote tu dote  
tus joyas empeñe o venda;  
que desperdicie tu hacienda,  
que tus deudos alborote,  
porque no es de aqueste mundo,  
y aunque a su simplicidad  
dan nombre de necedad,  
cortesanos en quien fundo  
todo el caudal en engaños,  
en las cosas de importancia  
es cuerdo, aunque la ignorancia  
hace burla de sus años.  
Él, en fin, es importante  
para ser de ti querido  
y mejor para marido,  
hermana, que para amante.

SABINA:

Con eso me has enfriado  
el alma. ¡Jesús mil veces!  
¿Marido santo me ofreces?  
Simple, hermana, le has llamado.  
Si he de creer a la fama  
ya sé que, subiendo el precio,  
apacible nombra al necio  
y sencillo al bobo llama.  
Él será, a lo que imagino,  
algún junípero llano,  
mentecato por lo humano,  
devoto por lo divino.  
Que andará desatinado,  
y dirá que es por llaneza;  
traerá baja la cabeza,  
el cuello tuerto o bajado,  
y dirá que es vanidad  
lo que el uso galas llama.  
Y si en muestras que me ama  
saca a luz la voluntad,  
que no será en todos días,  
sino la Pascua de Flores,  
en vez de decirme amores  
me rezará Ave Marías.

ISABELA:

SABINA:

¡Buena vida me prometo!  
¡Por ser compuesto ha perdido!  
Compuesto para marido,  
mejor es para soneto.  
Quien no ha sido buen amante  
mal buen marido será.  
Amor, aunque atado está  
al matrimonio constante,  
no pierde su inclinación,  
antes con él se aquilata.

Sabrosos regalos trata,  
las galas su esfera son  
con que alivia los enojos  
que el enfado solicita,  
ya su esposa necesita  
a no apartar de él los ojos.  
ISABELA: De tu condición me espanto.  
SABINA: Viviré triste en extremo  
si por marido le temo  
y le respeto por santo.

*Sale el CABALLERO de GRACIA, muy galán,  
RICOTE, LAMBERTO y ESPERANZA*

LAMBERTO: Por mostraros, mi Sabina,  
que en todo soy vuestro hermano,  
un esposo de mi mano  
daros mi amor determina.  
Que si en el vuestro se abrasa  
y os recibe por mujer,  
vendremos los dos a hacer  
una hacienda y una casa.  
Estimadle, que yo espero,  
si el sí y la mano le dais,  
que por él no maldigáis  
Jamás al casamentero.  
Turbada estaréis, ¿quién duda,  
que, como hoy las vistas son,  
en la novia es discreción  
de turbarse y el ser muda?  
Si no os ciega beldad tanta  
el ser cortés os inclina.

*Al CABALLERO*

CABALLERO: Hablad, Jacobo, a Sabina.  
Dios, señora, os haga santa.  
SABINA: ¿Por santidades comienza?  
RICOTE: Devota salutación  
para entrada de un sermón.  
LAMBERTO: El novio tiene vergüenza,  
su turbación perdonad;  
que el más discreto, cuando ama,  
la primer vez que a su dama,  
ve, dice una necedad.  
RICOTE: ¿Una? El dirá más de ciento.  
CABALLERO: ¿Por necedad juzgáis vos  
el rogar, hermano, a Dios,

que le haga santa?  
 LAMBERTO: El intento  
 es bueno, pero no viene  
 a propósito.  
 CABALLERO: Confuso  
 estoy.  
 LAMBERTO: El amor y el uso  
 su idioma y estilo tiene.  
 CABALLERO: Pues ¿qué había de decilla  
 a fuer de los cortesanos?  
 LAMBERTO: "Bésoos, señora, las manos,"  
 y luego arrastrar la silla  
 y preguntar, "¿cómo estáis?"  
 que es el común abecé.  
 CABALLERO: "Bésoos las manos?" ¿por qué?  
 Necedad en mí llamáis  
 el decir que la haga santa  
 Dios, ¿y en el mundo no veis  
 [...]

si su mal uso os espanta?  
 Estornuda un caballero,  
 y los que le corresponden,  
 "bésoos las manos," responden,  
 en pie, quitado el sombrero.  
 Y los que Dios os ayude  
 dicen, ¿no son cortesanos,  
 en fin, que besan las manos  
 al otro porque estornude?  
 Miren qué merced les hace:  
 traen luces cuando anochece,  
 y descortés les parece  
 el cuerdo que satisface  
 con decir que Dios les dé  
 buenas noches; solamente  
 al besamanos consiente  
 el uso necio, ¿por qué,  
 si tú la luz no has criado,  
 besarte es bien que permitas  
 las manos y a Dios le quitas  
 las gracias, que te ha alumbrado?

LAMBERTO: Calla, y la costumbre admite,  
 que esto se usa en nuestro idioma.  
 CABALLERO: Y será ley de Mahoma,  
 que disputas no permite.  
 Yo no nací para esto;  
 sácame, hermano, de aquí,  
 y cásele otro por mí.  
 LAMBERTO: Jacobo, no seas molesto;  
 ya has venido, no es razón,  
 si cortesano te llamas,

que quedes entre las damas  
en mala reputación.  
No desdice el ser cortés  
de la virtud que te inclina;  
siéntate junto a Sabina;  
dile amoroso después  
la buena suerte y ventura  
que se te sigue de vella,  
que estás perdido por ella,  
que al sol vence su hermosura,  
que su discreción te admira.

CABALLERO:

¿Eso he de decille?

LAMBERTO:

Pues.

CABALLERO:

Tú debes de ignorar que es  
pecado el decir mentira.

LAMBERTO:

Eso es encarecimiento  
que usa el amor de ordinario.

CABALLERO:

Afirmando lo contrario  
de lo que imagino, miento.  
Si yo por mujer la tengo,  
¿por qué sol la he de llamar,  
ni cómo podré afirmar  
que a verla perdido vengo,  
si no es porque el tiempo pierdo  
de que a Dios he de dar cuenta?  
Mentir un noble es afrenta;  
téngame por necio o cuerdo,  
cáusela gusto o enfado,  
mal o bien conmigo esté,  
porque yo no mentiré  
por cuanto Dios ha criado.

LAMBERTO:

Anda, hipócrita, que están  
por ti en pie, siéntate allí;  
lo que te enseñó la di;  
sé cortesano y galán,  
que ¡vive Dios! si en desprecio  
de lo que mando que digas  
con amores no la obligas  
y te confirma por necio,  
que sí hará, porque es discreta,  
que en Módena no has de estar  
un hora, ni has de gozar  
tu herencia.

CABALLERO:

Poco me inquieta  
la codicia de mi hacienda;  
pero voy por no enojarte.

ISABELA:

Si basta, hermana, a obligarte  
mi amistad, aunque te ofenda  
el poco curso que tiene  
mi hermano en cosa de amores,

házmele muchos favores;  
enamórale, pues viene  
a domesticarse un bruto  
con la costumbre suave,  
que, si lo que es amor sabe,  
tú verás, Sabina, el fruto  
que sacas de ser su esposa,  
y la vida que gozamos  
si juntas las dos estamos.

SABINA: Por darte, Isabel hermosa,  
gusto, y agradar a mi hermano,  
lo que mandas quiero hacer;  
el galán tengo de ser  
esta vez, por lo que gano  
de estar en tu compañía.  
Toma esta silla, señor.

RICOTE: Albarda fuera mejor.

SABINA: Asentaos, por vida mía.

CABALLERO: No haré cierto, yo estoy bien,  
sentaos, mi señora, vos.  
(Sacadme de esto, mi Dios.)  
Sentaos, Lamberto, aquí.

LAMBERTO: Bien.

No soy yo el que a vistas vengo,  
aquése es vuestro lugar  
y éste el mío, porque hablar  
un poco a mi esposa tengo.

SABINA: Por mi vida, que os sentéis.

CABALLERO: Dos veces habéis jurado.  
¡Jesús! Yo ya estoy sentado  
a truco que no juréis.

*Siéntase*

Y si se hace el casamiento,  
quíeroos, señora, avisar  
que nunca habéis de jurar,  
porque es contra el mandamiento  
segundo.

SABINA: (¡Pobre de mi!  
¿Esto escucho y no me muero?)  
En muestra de lo que os quiero  
yo juro cumplirlo ansí.

CABALLERO: Pues no juréis otra vez.

SABINA: (¡Qué necio y qué escrupuloso!  
Libertad, con tal esposo  
ya desearéis mi viudez.)

*Hablan aparte ESPERANZA y RICOTE*

ESPERANZA: Y él, ¿cómo ha callado tanto?  
RICOTE: No sé por dónde empezar contigo, Esperanza, a hablar.  
ESPERANZA: Pues qué, ¿da también en santo?  
RICOTE: No; mas un poeta amigo, que en la corte de Castilla es águila y maravilla, hablando una vez conmigo, me dijo, viendo el ensayo de una comedia famosa, "Ya, hermano, es cansada cosa que entre fregona y lacayo siempre empiecen su papel con esto. ¿Y él no habla nada? ¿Y ella es soltera o casada? Porque esto de y ella y él era sagrado y chorrillo de toda plebeya masa, y y a en la corte no pasa lacayo con estribillo, y temo, si así le trato y allá me ven algún día, la grita y silbatería."  
ESPERANZA: Líbrenos Dios de un silbato.

*Hablan aparte LAMBERTO e ISABELA*

LAMBERTO: ¡Que se haya un hombre criado en mitad de Italia, que es madre del trato cortés, y que liciones ha dado a mil bárbaras naciones que su imperio han adquirido, y en más estima han tenido que sus ricas posesiones la urbanidad y crianza que de su trato sacaron y a sus patrias trasladaron con que el ser de hombres se alcanza, y que este bruto, Isabela, criado en la policia de vuestra casa y caricia, y en Módena, que es escuela del estilo y discreción, hablar con una mujer no sepa!

ISABELA: Si es menester

trato y comunicación  
para cualquier arte y ciencia,  
y aunque en el siglo ha vivido  
Jacobo, nunca ha tenido  
de sus cosas experiencia.  
La cortedad no os espante;  
tratadle en cosas de Dios,  
y veréis que quedáis vos  
torpe con él e ignorante.  
Cásese él, que esos extremos  
el tiempo los vencerá.

- LAMBERTO: Hablando con él está,  
lo que le dice escuchemos.
- SABINA: En fin, ¿no me decís nada?
- CABALLERO: Nada os digo, pues que callo;  
yo os prometo que no hallo  
cosa, señora cuñada,  
que deciros de momento.
- SABINA: Créolo, que amor desnudo  
a los principios es mudo,  
y el propio efeto en mí siento,  
que estoy muy enamorada,  
señor Jacobo, de vos.
- CABALLERO: Más vale starlo de Dios,  
que yo no os importo nada.
- SABINA: Amaros para marido  
no es con intento liviano.  
Dadme, Jacobo, esa mano.
- CABALLERO: ¡Jesús! ¿la mano?
- SABINA: Enco gido  
sois, dadle acá.
- CABALLERO: No hay que hablar,  
o estas son vistas o no.
- SABINA: Sólo a veros vengo yo.
- CABALLERO: Pues ver, pero no tocar.
- SABINA: Mal debo de pareceros.
- CABALLERO: No me parecéis muy bien.
- SABINA: Grosero sois.
- CABALLERO: Hago bien.
- SABINA: Criado entre caballeros  
poco su trato se os luce.

*Levántanse*

¡Quitaos allá, descortés!  
Si con vos el interés  
que toda Italia produce  
me dieran, no os estimara  
para calzarme el chapín.

Tosco. ¡Miren a qué fin  
me trajeron de Ferrara!  
Cuando a vuestro cargo esté,  
Lamberto, el darme marido,  
porque vuestra hermana he sido  
(que desde hoy no lo seré)  
haced de mí más caudal  
que el que aquí os he visto hacer;  
el matrimonio ha de ser  
en los consortes igual  
cuando no se menosprecia,  
y quien a un necio me da  
por marido, claro está  
que me ha tenido por necia;  
y eso en mí es injuria al doble,  
sabiendo quién es Sabina.  
Buscad, Lamberto, una encina  
con quien casar este roble,  
y hacedle antes desbastar,  
que se está con su corteza  
y no podrá la riqueza  
sobre ella un tronco dorar.  
Que, puesto que vine en vano,  
casarme a mi gusto espero,  
pues para casamentero  
tenéis tan pesada mano.

*Vase*

ISABELA: Enojada, y con razón,  
va Sabina, hermana mía.  
¡Qué necio es el que porfía  
forzar una inclinación!

*Vase*

LAMBERTO: Si hallara capacidad  
en ti para reprehenderte,  
castigárate de suerte  
que de tu rusticidad  
quedaras arrepentido;  
pero no lo sentirás,  
porque tan bozal estás  
que te falta hasta el sentido.  
Pero a las obras remito  
lo que excuso de razones,  
si más en Módena pones  
los pies, si de este distrito



no te vas, ¡viven los cielos!  
que como loco he de hacer  
que te salgan a correr  
los muchachos. Pagarélos  
para que en calles y plazas  
te persigan. Comunica,  
rústicos, en quien si aplica  
el vil natural que abrazas.  
Por la caperuza trueca  
las plumas, galas del noble;  
hiera con el hacha el roble,  
derriba su leña seca,  
y vendiéndola, sustenta  
tu bárbara vida, ansí,  
porque, si vuelves aquí  
en tu daño y en mi afrenta,  
yo vengaré el menosprecio  
que hoy con mi hermana has tenido  
con el castigo debido  
que se suele dar a un necio.

*Vase*

ESPERANZA: Ricote, adiós.

RICOTE: Esperanza,  
¿es amarme el irte ansí?

ESPERANZA: Ya no la tengas de mí,  
pues por aquí va la danza;  
participas de tu amo  
la poca dicha, perdona.  
La maza va con la mona,  
necio es el necio y el amo.  
Mientras con él estuvieres  
necias serán tus demandas  
que, en fin, dime con quién andas...

RICOTE: Vaya.

ESPERANZA: Y diréte quién eres.

*Vase*

RICOTE: ¡Buenos habemos quedado!  
¿Qué habemos de hacer, señor?

CABALLERO: Libróse del cazador  
el pájaro, el sentenciado  
del riguroso verdu go,  
del naufragio el marinero,  
del lobo el manso cordero,  
la libre cerviz del yugo,

del pirata el mercader,  
y aún mayor mi dicha ha sido  
pues que librarme he podido,  
Ricote, de una mujer.  
¡Oh, qué peso me han quitado  
de encima del corazón!  
Dicen que en cierta nación  
era por rey adorado  
aquel que a cuestras tenía  
la cosa de mayor peso,  
saliendo con el suceso  
quien más tiempo le sufría.  
Una vez se convocó  
al pueblo a elegir cabeza,  
y hubo quien tal fortaleza  
entre los demás mostró,  
que un enano, entero tuvo  
día y medio, sin que hubiese  
quien competir se atreviese  
con él; y al tiempo que estuvo  
casi el reino en su poder  
y el pueblo le engrandecía,  
salió otro que traía  
a cuestras a su mujer,  
y la gente convocada  
en su favor sentenció,  
que con la mujer no halló  
otra cosa más pesada.  
Mas si toca Dios de un hueso,  
¿dónde piensas ir?

CABALLERO: No sé.

RICOTE: Con capa y gorra y a pie,  
¿qué dirán de nuestro seso?  
Si tomas mi parecer,  
vuélvete, señor, a casa,  
que todo enojo se pasa.

CABALLERO: Casa que huele a mujer  
no me la mientes, Ricote.

RICOTE: Casarte han querido en ella,  
mas dan dineros con ella,  
que no hay esposa sin dote.  
Sólo a quien casarse atreve  
dineros y hacienda dan,  
que es pagar al ganapán  
la carga, por que la lleve.

CABALLERO: Deudos en Bolonia tengo,  
a estudiar y a conocellos  
iré.

RICOTE: ¿Deudos? ¡Fuego en ellos!  
Mal los conoces; no ven go

en eso, aunque seguir quiero  
tu buena o mala fortuna.  
CABALLERO: Este traje me importuna.  
RICOTE: Una capa y un sombrero  
tengo allí, con ella irás  
mejor, si hemos de ir a pie;  
ven por ella.  
CABALLERO: ¡Que hoy libré!  
Voluntad, ya os tengo en más;  
que, aunque en tan terrible trance  
me habéis costado mi hacienda,  
bien podré, preciosa prenda,  
decir que os compré de lance.

*Salen LAMBERTO, CONRADO, ISABELA y  
SABINA*

LAMBERTO: Yo solo en vuestros celos soy culpado;  
como Jacobo corre por mi cuenta,  
su hacienda trajo, y siendo su cuñado,  
por mi industria y gobierno se acrecienta.  
Parecióme, poniéndole en estado  
y dándole a Sabina, que su renta  
junta a la mía, la aumentara doble,  
y una casa fundara rica y noble.  
Ni Jacobo ha tenido entendimiento  
para estimar la dicha de este día,  
ni yo noticia del honesto intento  
que os ha obligado a honrar la san gre mía.  
Mi hermana, con el mismo pensamiento,  
a mis consejos resistencia hacía,  
y aunque su honestidad cuerda callaba,  
sus ojos me decían que os amaba.  
Yo alabo su elección, y que os escoja  
por dueño suyo, sosegaos con esto.  
CONRADO: Si por esto Amor, por ser niño, se enoja,  
también, Lambertó; se apacigua presto.  
Sacóme de Ferrara la congoja  
furiosa de los celos que me han puesto  
en términos de hacer un desatino;  
mas tras la tempestad el iris vino.  
Yo os perdono mi agravio.  
SABINA: Y yo os adoro  
con más estima agora que primero,  
que poco precia, mi Conrado, el oro  
quien no conoce el hierro y el acero.  
Quien nunca empobreció no ama el tesoro,  
más ejemplos aplicarme quiero,  
que si los ojos hoy en otro he puesto,

más claro sale el sol junto a su opuesto.

CONRADO: En fin, ¿Jacobo me hizo competencia?

ISABELA: Pluguiera a Dios que fuera para tanto.

CONRADO: Yo, a lo menos envidio su inocencia.

LAMBERTO: Que es un bruto.

CONRADO: Mejor diréis un santo  
¿Qué es de él?

LAMBERTO: ¿Había de venir en mi presencia?  
De Módena le eché.

CONRADO: De vos me espanto.

LAMBERTO: Hágase hombre, si en su esfera cabe;  
sepa del mundo, que harto de Dios sabe.  
No me ha de entrar en casa en todo este año.

CONRADO: Pues sabed que acusaros he venido  
de un huésped que os tendréis, si no me engañó,  
de no poco valor. Hoy ha partido  
veinte millas de aquí Julio Cataño,  
estimado en Italia y conocido  
en Roma por sus letras, sangre y celo;  
su tío es Cardenal de San Marcelo,  
Juan Cataño.

LAMBERTO: Éste es en quien ha puesto  
la silla de San Pedro su esperanza.  
Si muere Sixto quinto es manifiesto  
que le ha de suceder.

CONRADO: En su privanza  
presumo entrar, porque ha vacado un puesto  
que, si mi dicha y el favor le alcanza  
y con Sabina desposado quedo,  
enriquecer vuestros parientes puedo.  
Fáltale el secretario, y como supe  
que a Roma se partía, convidarle  
con esta quinta quise.

LAMBERTO: Desocupe  
su espacio nuestro amor para hospedarle.

CONRADO: Primero que otro aquesta plaza ocupe,  
si os parece, Lamberto, pienso hablarle  
esta noche.

LAMBERTO: Haréis bien, que la tardanza,  
como el provecho vuela, no le alcanza.  
¿Vas, Isabela, a prevenir la cena?

ISABELA: Pavos hay y capones.

LAMBERTO: Esta sala  
cuelguen de telas, que es capaz y buena.

CONRADO: En esta quinta no hay ninguna mala.

LAMBERTO: Maten vitelas.

CONRADO: En la casa llena  
fácilmente se sirve y se regala  
a un príncipe, aunque venga de repente.

LAMBERTO: Camas ahí prevenid para la gente.

*Vase ISABELA. Sale RICOTE, después un  
CRIADO*

RICOTE: Lamberto, caballeros, dad ayuda  
a Jacobo de Gracia, que, salteado  
de bandoleros, morirá sin duda,  
no siendo de vosotros ayudado;  
su bárbara codicia le desnuda  
y a un roble tosco de ese monte atado  
los dineros le piden que no tiene;  
huyendo mi temor la muerte viene.  
¿Qué aguardáis? Cerca está, si tardáis tanto,  
dadle por muerto. Vamos, caballeros.

LAMBERTO: O es hipócrita Jacobo o es santo.  
Si es santo, ¿de qué teme bandoleros?  
Dios volverá por él, causando espanto  
a ese escuadrón de salteadores fieros;  
si es hipócrita, pague con la vida  
lo que merece su virtud fingida.

CRIADO: Monseñor está en casa.

LAMBERTO: Pues salgamos  
a recibirle.

RICOTE: ¡Que obligar no puede  
vuestra crueldad!

CONRADO: A socorrerle vamos.

LAMBERTO: Dios le socorrerá, no ten gáis miedo.

SABINA: Más razón es que a Julio recibamos.

LAMBERTO: (Ojalá le matasen, pues heredo  
por mi mujer su hacienda.)

RICOTE: (¡Al fin, cuñado!)

SABINA: (De su desprecio el cielo me ha vengado.)

*Vanse si no es RICOTE*

RICOTE: Miren qué hay que esperar de aquesta gente.  
¡Maldiga Dios quien en cuñados fía,  
viles madrastras cree, suegras consiente;  
que estos tres hacen una cofradía!

*Sale el CABALLERO de Gracia, desnudo*

CABALLERO: Ricote: ¿estás ahí?

RICOTE: Señor.

CABALLERO: Detente  
y no des voces, que excusar querría

las injurias y enojo de Lamberto,  
que, si me ve cual vengo, será cierto.

RICOTE: ¿Que, en fin, te desnudaron?

CABALLERO: Harto ha sido dejarme vivo; ser piedad confieso.

RICOTE: ¿Piedad cuando te quitan el vestido?

CABALLERO: ¿Qué quieres? ¿no ves tú que viven de eso?

RICOTE: Discúlpalos también.

CABALLERO: Agradecido a quien le libra debe ser el preso.

RICOTE: Donosa flema; no has de ser tan bueno que te dejes echarla silla y freno.

CABALLERO: Dame esa capa, cúbreme y avisa a mi hermana, si puedes, en secreto de mi desgracia.

RICOTE: Si está en camisa Lamberto, mala noche te prometo.

CABALLERO: Haz tú que no lo sepa y vuelve aprisa, mientras aquí me escondo.

RICOTE: Eres discreto, que en viéndote Sabin a repudiada, fiestas les ha de hacer tu encamisada.

*Vase. Salen JULIO del cobertizo del camino, LAMBERTO y CONRADO, y velos*

JULIO: Bien sabéis obligar, señor Lamberto al hospedaje quedo agradecido.

LAMBERTO: No ha un hora, Monseñor, que estaba incierto de esta dicha, que hubiera prevenido con la casa que ofrece este desierto, y regalos de Módena, el debido hospicio que se os debe y era justo.

JULIO: Lo que no se previene da más gusto. ¡Agradable jardín! Yo no he rezado algunas horas. Mientras se adereza la cena quiero echar este cuidado aparte.

LAMBERTO: ¿No le habláis?

CONRADO: ¿Cómo, si reza?

JULIO: Déjenme solo.

CRIADO: Todo está aprestado.

CONRADO: ¿Adónde ha de dormir?

LAMBERTO: En esta pieza.

CONRADO: (Si me acomoda Julio con su tío y sale Papa, enriquecer confío.)

*Vanse. JULIO empieza a rezar santiguándose, y responde el CABALLERO de Gracia desde donde está escondido*

JULIO: *Deus in adjutorium meum intende.*  
CABALLERO: *Domine ad adjuvandum me festina.*  
JULIO: ¿Quién respondió? ¿qué es esto?  
CABALLERO: (¿Qué pretende  
cielos, mi natural que a esto me inclina?  
Sin querer respondí; mas, si se ofende  
y hacerme dar castigo determina,  
viéndome así, ¿con qué disculpa intento  
disminuir mi necio atrevimiento?)

JULIO: ¿Quién es el que está escondido  
tras esta murta?  
CABALLERO: (¿En qué dudo?)  
Un hombre, señor, desnudo  
del ingenio y del vestido.  
No mirando lo que hacía,  
cuando comenzó a rezar  
respondí, sin reparar  
que era vuestra señoría  
el que estaba aquí, llevado  
de un natural, que me obliga  
que cosas devotas siga.

JULIO: ¿Cómo estáis así?  
CABALLERO: Un cuñado,  
que sabe mirar mejor  
por mi bien que yo estimalle,  
es causa que de este talle  
me esconda de su rigor.

JULIO: ¿Quién es ése?  
CABALLERO: Es Lamberto.

JULIO: ¿Y él os hizo desnudar?  
CABALLERO: Quísome, señor, casar,  
que es peor; soy poco experto  
en materia de querer,  
trájome a vistas aquí,  
no se contentó de mí  
la buena de la mujer;  
riñó Lamberto conmigo,  
de casa me desterró  
y el cielo, que conoció  
cuán digno soy de castigo,  
me entregó a unos bandoleros,  
a quien quedo agradecido,  
pues, quitándome el vestido  
y unos pocos de dineros,  
me dejaron con la vida.

Volvíme aquí despojado,  
y entretanto que un criado  
envío para que pida  
otro vestido a mi hermana,  
aquí me quise ocultar  
de Lamberto y excusar  
de su cólera inhumana  
el enojo y la pasión.  
Salió vuestra señoría,  
y cuando rezar quería,  
llevóme mi inclinación  
tras sí, y aunque sea verdad,  
que no es fuerte esta disculpa,  
perdóneme, que no hay culpa  
donde falta voluntad.

JULIO: Yo os la he cobrado notable.  
(¡Qué apacible sencillez!)  
No hagáis temor que esta vez  
Lamberto enojado os hable;  
remediar esta desgracia  
quiero.

CABALLERO: Del cielo tengáis  
el premio.

JULIO: ¿Cómo os llamáis?

CABALLERO: Señor, Jacobo de Gracia.

JULIO: ¿Noble sois?

CABALLERO: Bueno quisiera  
saber ser, que es de estimarse,  
que sólo el saber salvarse  
es nobleza verdadera.

JULIO: Tal sea mi vida. ¿Habéis  
estudiado?

CABALLERO: Señor, sí;  
artes en Bolonia oí.

JULIO: Bueno, y ¿qué pluma tenéis?

CABALLERO: Razonable, aunque alabada  
de algunos que bien me quieren,  
que siempre amigos prefieren  
lo que vale poco o nada.

JULIO: Huélgo me de saber eso.  
¿Gustaréis de estar conmigo?

CABALLERO: Yo, Monseñor, soy amigo  
de hablar verdades. Confieso  
lo bien que me puede estar  
el serviros y estimaros;  
pero no sabré adularos,  
porque ni sé lisonjear,  
ni dejaré reprehender  
lo que mal me pareciere  
por cuanto tesoro adquiere



todo el humano poder.  
Querránme mal los criados,  
que mi buen ánimo ignoran,  
porque en palacio desdoran  
a quien no dora pecados,  
y quien vicios no consiente  
mal con señores lo pasa.  
JULIO: Este servicio a mi casa  
le faltaba solamente,  
y vos le habéis de ocupar.  
Reprehéndeme a mí el primero,  
que eso busco y eso quiero.  
Un hombre deseo hallar  
que las verdades me diga.  
¡Hola!

*Sale DECIO*

DECIO: Monseñor.  
JULIO: Vestid  
este hombre; un baúl abrid.  
Escuchad.  
CABALLERO: (¡Que me persiga  
la inquietud de esta manera!  
Libréme de ser casado  
y del palacio el cuidado,  
agora, cielos, me altera.  
¿Qué he de hacer si Dios lo quiere?  
Él me tenga de su mano.)

*Háblale JULIO al oído de DECIO*

JULIO: Un vestido de mi hermano  
le dad, y cuando estuviere  
en el traje que es decente,  
me avisaréis.  
CABALLERO: (¿En efeto  
he de servir?)  
JULIO: En secreto  
le tendréis, que es conveniente  
por agora.  
DECIO: Harélo así.  
JULIO: Idos con ese criado,  
secretario.  
CABALLERO: (Buen cuidado  
llevo. ¿Secretario a mí?  
¿Qué pretendéis, vanidades?)  
JULIO: Andad, que si sois discreto,

yo os confiaré mi secreto,  
y vos me diréis verdades.

*Vanse. Sale ISABELA*

ISABELA: Bien puede vuesañoría  
cenar, si ha rezado y a.  
JULIO: Quien en vuestra casa está,  
señora, excusar podía  
el camino, que ya siento,  
pues, según me han regalado,  
por no ir mal enseñado,  
en ella quedar me intento.

*Salen CONRADO y LAMBERTO*

ISABELA: Pluguiera a Dios, monseñor,  
que, como lo encarecéis,  
os sirviéramos.  
CONRADO: ¿Queréis  
que, por no darle favor,  
muera Jacobo en desprecio  
de quien sois?  
LAMBERTO: Impertinente  
estáis. ¿Quién hay tan valiente  
que pueda matar a un necio?  
JULIO: ¿Es hora y a de cenar?  
LAMBERTO: Presto lo poco se guisa.  
JULIO: La jornada me da prisa;  
yo suelo siempre pagar  
la posada adelantado,  
y así quisiera hacerlo hoy.  
A Roma, cual sabéis, voy,  
no poco de ésta obligado,  
como tengáis en su corte  
los dos pleito o pretensión  
y en ella mi intercesión  
alguna cosa os importe,  
contento haré la jornada,  
y si no, saldré corrido  
cual huésped que no ha tenido  
con qué pagar la posada.  
CONRADO: Buena ocasión se me ofrece,  
que le habléis por mí me importa.  
LAMBERTO: Aunque siendo ésta tan corta  
tanta merced no merece,  
quien pretende de ordinario  
no pierde tiempo o favor.

Conrado sabe, señor,  
que buscáis un secretario,  
y porque para este oficio  
sé lo que es bien que presuma  
de su ingenio y de su pluma,  
estando en vuestro servicio  
quedaremos él y yo  
obligados. Determina  
ser de mi hermana Sabina  
esposo, y no se atrevió,  
si no es por mí, a suplicaros  
que esta merced nos hagáis.  
JULIO: Tarde, Conrado, llegáis;  
no puedo en eso ocuparos,  
pero mejoraros si  
con dueño más principal.  
De mi tío el Cardenal  
de San Marcelo entendí  
que desea acrecentar  
su casa. Ya sabéis que es  
en nobleza ginovés  
y en opinión singular,  
y que le han pronosticado  
que a Sixto ha de suceder;  
pues le voy agora a ver,  
yo haré de suerte, Conrado,  
que su secretario os haga,  
y a Lamberto, camarero,  
que así el hospedaje quiero  
satisfacer.

LAMBERTO: Si así paga,  
monseñor, vueseñoría  
de dos horas el hospicio,  
¿qué espera el que en su servicio  
su aumento y vida confía?

JULIO: Al secretario llamado,  
Decio.

DECIO: Voy, señor, por él.

*Vase*

JULIO: Negociad los dos con él  
y una memoria le dad  
para que me acuerde en Roma  
lo que los dos pretendéis,  
que presto lo alcanzaréis  
si él a su cargo lo toma.

*Sale RICOTE; después el CABALLERO de GRACIA*

*con otro vestido*

RICOTE: [...]
Tras mi desnudo escondido
ando, y se ha desaparecido.
Mas ¿Monseñor está aquí?
CABALLERO: ¿Qué manda vue señoría?
LAMBERTO: ¿Qué es lo que vemos, Conrado?
CONRADO: Jacobo es, vuestro cuñado.
LAMBERTO: ¡Mi cuñado!
CONRADO: No desvaría
la vista que en él me pinta
su imagen.
LAMBERTO: Bueno por Dios:
locos estamos los dos.
No ha un hora que de la quinta
le eché, y avisannos luego
que le roban salteadores,
¿y había de ser él?
CONRADO: Favores
son de su virtud, no niego
lo que decís; mas tampoco
lo que veo oso negar.
RICOTE: Mi amo es éste a pesar
de bellacos, o estoy loco.
JULIO: Jacobo de Gracia, ved
lo que Lamberto y Conrado
os dicen.
CONRADO: ¿Véoslo?
LAMBERTO: Encantado
estoy.
JULIO: Y cuenta tened
de avisármelo después.
LAMBERTO: ¿Qué es esto? ¡Fortuna escasa!
JULIO: Aunque mal tendrá en su casa
el cardenal a quien es
en la suya tan avaro,
que a vos de ella echaros pudo,
y cuando volvéis desnudo
no le osáis pedir amparo.
Los dos vuestra pretensión
le referid, si os agrada,
porque no saldréis con nada
si no es por su intercesión,
que me he inclinado a quererle,
al paso que vos, Lamberto,
le aborrecéis, y estad cierto
que en agradarle y creerle
consiste el favor y gracia

que buscáis, y no la espere  
en mí a quien no se la hiciere  
el Caballero de Gracia.

*Vase*

CABALLERO: No estéis, hermano y señor,  
de verme, triste y confuso.  
Dios estas cosas dispuso,  
tercero y intercesor.  
Con monseñor diligente  
prometo ser, sin venderos  
embelecos por dineros,  
mohatras del pretendiente;  
pues, contra las vanidades  
con que la mentira vive,  
hoy monseñor me recibe  
para decir las verdades,  
y porque a cenar se asienta,  
los brazos, hermano, os pido.  
Vamos.

LAMBERTO: De puro corrido...

CABALLERO: Callad, no hagáis de eso cuenta.  
Dichosa fue mi desgracia;  
gracias a Dios puedo dar.

RICOTE: Y desde hoy te has de llamar  
el Caballero de Gracia.

## JORNADA SEGUNDA

*Salen don CRISTÓBAL de MORA, del hábito  
de Cristo, el CABALLERO de GRACIA y otros*

CRISTÓBAL: Las cartas que de favor  
la princesa ha recibido  
del cardenal monseñor;  
las ha su alteza leído  
con muchas muestras de amor;  
y las reliquias que aplica  
para el monasterio real  
que a las Descalzas fabrica  
agradece al cardenal,

y por ellas significa  
el favor que desea hacer  
a vuesa merced.

CABALLERO: En eso  
muestra la princesa ser  
hija de quien tuvo en peso  
la Iglesia, que iba a caer  
por la impiedad luterana  
que enfrenó en tiempo sucinto  
contra la furia alemana.

CRISTÓBAL: Heredó de Carlos quinto  
la princesa doña Juana  
su cristiandad y valor,  
y de Felipe segundo,  
su hermano y nuestro señor,  
el celo con que en el mundo  
es de la fe defensor.  
Hame mandado su alteza  
que por extenso me informe  
de su persona y nobleza,  
porque con ella conforme  
cuerdamente la largueza  
con que merced le ha de hacer  
mientras en Madrid asista.

CABALLERO: Aunque es arrogancia el ser  
de si mismo coronista,  
fuerza es el obedecer.  
Módena, ciudad ilustre  
estimada en Lombardia  
por una de las mejores  
que honran aquella provincia,  
desde inmemorables tiempos  
dio solar y casa antigua  
al apellido de Gracia,  
blasón de nuestra familia.  
Cuento noblezas del mundo  
por dar a vueseñoría  
verdadera relación,  
puesto que de más estima  
es la virtud que la sangre.

CRISTÓBAL: Una y otra califican,  
y cuando las dos se hermanan  
el valor immortalizan.

CABALLERO: Diome a Jacobo de Gracia  
por padre el cielo y mi dicha,  
de aquella ciudad espejo,  
y por madre a Margarita,  
noble y célebre matrona,  
apacible, recogida,  
ni en el gobierno severa,

ni en el castigo remisa.  
En fin, casi con las partes  
que en la mujer fuerte pinta  
Salomón en sus Proverbios,  
si es de esta hipérbole digna.  
Diome también un a hermana  
a su virtud parecida,  
de su valor heredera  
y, en fin, de tal madre hija.  
Casáronla con Lamberto,  
en quien su ascendencia cifra  
el valor que dio a su casa  
sangre generosa y limpia.  
Quisieron hacer lo propio  
conmigo, mas no se inclina  
mi natural a este estado;  
otro más noble me obliga,  
y después de mil trabajos  
que ocasionaron mis dichas  
y ampararon mi inocencia,  
el ánimo noble inclina  
y piedad de Monseñor  
Julio Cataño que iba  
a Roma a instancia del Papa,  
que en su casa me reciba.  
Hízome su secretario,  
y al cabo de algunos días  
en que mereció alcanzar  
un capelo y una mitra,  
dio el cargo de mayordomo  
de su casa y su familia  
a Lamberto, mi cuñado;  
pienso que a intercesión mía.  
Crecí en crédito y amor,  
y al mismo paso la envidia  
creció en los interesados;  
pero sin ella ¿quién priva?  
Verdad es que ocasionó  
mi condición enemiga  
de callar faltas ajenas,  
siendo tan grandes las mías,  
su enojo, porque, avisando  
al cardenal lo que veía  
digno en casa de remedio,  
fui causa de algunas riñas.  
En fin, por esto o por todo,  
con mi cuñado conspiran  
mis domésticos contrarios;  
mas no me desautorizan  
con monseñor, pues, discreto,

testimonios averigua,  
que a la verdad hermosean  
afeites de la mentira.  
Afrentados, pues, de ver  
que sus intenciones sirvan  
de escala, por donde suba  
mi privanza más arriba,  
una noche se conciertan  
de esconder tras las cortinas  
de mi cama una mujer  
de las que en Roma hay perdidas.  
Hizo esta hazaña el dinero;  
meten la engañosa espía,  
acuéstome descuidado  
y al cardenal luego avisan,  
que, incrédulo de tal cosa,  
entra en mi aposento, y mira  
aquel caballo troyano,  
vil preñez de su malicia.  
Llueven luego acusaciones  
sobre mí, mofas y risas,  
el torpe honesto me llaman,  
de hipócrita me bautizan;  
pero, sin precipitarse  
el cardenal, examina  
en mi rostro la inocencia,  
donde es la vergüenza firma.  
Llama a la mujer aparte,  
amenázala que diga  
la verdad, y sobre el potro  
del temor, en fin, publica  
los cómplices de mi agravio,  
los ardidés de la envidia,  
la fuerza de la verdad  
y el poder de la justicia.  
Los demás, avergonzados,  
su insulto, mudos, confirman,  
que la turbación es juez  
que se condena a sí misma.  
Indignése monseñor,  
y a que dé cuentas obliga  
a Lamberto de su hacienda  
y que a los demás despida.  
Mas salió de ellas tan mal,  
que en solas cuatro partidas  
en cuarenta mil ducados  
le alcanza y le necesita  
a vender toda su hacienda,  
y no alcanzando estas ditas,  
preso, y tarde arrepentido,



favores vanos mendiga.  
Yo, que de aquel testimonio  
libré, gracias infinitas  
di al cielo, busco terceros  
que por mí al cardenal pidan  
dé licencia a mi quietud,  
en el palacio oprimida,  
para que, libre con ella,  
seguro de enredos viva.  
Tanto pudieron los ruegos,  
mis lágrimas y porfía,  
que, su voluntad forzando,  
me vino a decir un día,  
"No quiero, Jacobo, creer  
que ingratitude os obliga  
a que por vos mi afición  
no sea bien correspondida.  
Sé vuestro natural quieto,  
lo que en palacio peliagra  
la virtud siendo envidiada,  
y aunque por mí conocida  
contra todos os defiende,  
soy hombre, y tal vez podrían  
verisímiles engaños  
acreditar sus mentiras.  
Muchos contrarios tenéis,  
y para que no os persigan,  
es bien que salgáis de Roma.  
A la Infanta de Castilla,  
princesa de Portugal,  
el cardenal mi tío envía  
para el monasterio ilustre  
y el hospital que edifica  
en Madrid, entre otras cosas,  
una caja de reliquias,  
que son, de su devoción,  
las prendas de más estima.  
Partid con este presente,  
veréis la mejor provincia  
de Europa, donde la Iglesia  
da a la fe segura silla;  
donde las ciencias florecen,  
donde la nobleza habita,  
donde el valor tiene escuela  
y donde el mundo se cifra.  
Si os queréis quedar en ella  
(que a todos su corte hechiza)  
llevando en vuestro favor  
cartas de mi tío y mías,  
su alteza os hará merced,

y si en su reino os prohija,  
yo os impetraré del Papa  
alguna prebenda rica."  
Vi el cielo abierto con esto,  
dile las gracias debidas;  
deseaba ver a España,  
dispuse, en fin, mi partida.  
Llegué a esta corte famosa,  
di las cartas y reliquias  
a la señora princesa,  
recibiólas de rodillas,  
y a don Cristóbal de Mora  
me manda acudir, que es dicha  
no pequeña el enviarme,  
señor, a vueseñoría,  
cuya fama y cristiandad  
hasta nuestra Italia admira,  
y en cuyo favor espero  
el buen fin de mi venida.

CRISTÓBAL: Yo, señor Jacobo, estoy  
contento con la noticia  
que de sus cosas me ha dado,  
y hago de ellas justa estima.  
Informaré a la princesa,  
haciendo de parte mía  
lo que pudiese en su aumento;  
mas espere, que ella misma  
sale de palacio.

CABALLERO: Irá  
a las Descalzas a misa.

CRISTÓBAL: Y a ver a la emperatriz,  
su hermana, doña María.

*Sale la PRINCESA de viuda, don DIEGO y acompañamiento*

PRINCESA: Al rey, mi señor hermano,  
he enviado a convidar  
para que me venga a honrar  
y con su celo cristiano  
la fiesta nuestra autorice  
y aumente su devoción.

DIEGO: Será la consagración  
con su presencia felice.

PRINCESA: Ya mis Descalzas desean  
que se pase el Sacramento  
a su iglesia, y así intento  
que este mes cumplido vean

su esperanza religiosa,  
porque con su esposo estén,  
y a las reliquias también  
que con mano generosa  
me ha enviado el cardenal  
de San Marcelo, deseo  
hacer un rico trofeo  
luego que del Escorial  
venga mi señor el Rey;  
con ellas le haré un convite,  
que sé el gusto con que admite  
las joyas de nuestra ley.

CRISTÓBAL: Aquí, gran señora, está  
quien las trujo desde Roma,  
y quien a su cargo toma  
su aumento, la servirá  
con satisfacción debida,  
que su virtud y nobleza  
merecen que vuestra alteza  
le haga merced tan cumplida.

PRINCESA: Yo tengo deso cuidado,  
pues sois hombre de valor.  
El rey, mi hermano y señor,  
ocho encomiendas me ha dado  
de Cristus en Portugal,  
por que a mi disposición  
las de a sujetos que son  
de sangre noble y leal.  
Como aquí vivir queráis  
y a vuestra patria olvidéis,  
una de ellas gozaréis  
si en Portugal os prohijáis.  
¿Qué decís?

CABALLERO: Que el interés  
de servir a vuestra alteza  
tengo por naturaleza.

PRINCESA: Procurad prohijaros, pues,  
y a don Cristóbal de Mora  
por la encomienda acudid  
cuando volváis a Madrid.

CABALLERO: Inmortaliza, señora,  
la fama tal cristiandad.

CRISTÓBAL: Ya somos de una nación;  
yo haré que la prohijación  
le den con facilidad.  
Acuda a verme después.

*Vanse si no es el CABALLERO de GRACIA*

CABALLERO: Beso a vuesa señoría  
las manos. (¡Qué cortesía!  
Mas basta ser portugués.)

*Sale RICOTE*

RICOTE: ¡Oh madre de gente extraña,  
madre, punto y excelencia  
de la real circunferencia  
con que te corona España!  
Goce tu apacible puesto  
mi amo toda su vida,  
sin que de ti se despida  
jamás.

CABALLERO: Ricote: ¿qué es esto?

RICOTE: ¡Oh, señor! Enamorado  
de Madrid, de gastos mar,  
gracias la empezaba a dar  
por los amigos que he hallado.

CABALLERO: ¡Amigos tan presto!

RICOTE: Es villa  
que a todos hace merced;  
los amigos que mi sed  
ha hallado son la membrilla,  
la siempre enlutada y llana  
que salta sin dar enojos  
desde la taza a los ojos.  
Esquivias la toledana  
que con ósculos de paz  
se entra al alma por la boca,  
Burguillos que brinda a toca  
y los Molodros de Orgaz  
que se oponen a Ajofrín,  
y contra injurias del cierzo  
felpas que aforran el Bierzo  
y martas de San Martín.

CABALLERO: ¡Buenos amigos!

RICOTE: Sí son  
más leales los más viejos,  
todos éstos, siendo añejos,  
me roban el corazón.  
Pero unos curas seglares,  
que aquí llaman taberneros  
y andan bautizando cueros,  
muestran, por darnos pesares,  
que aquesta corte encantada  
al vino imitar procura  
pues ni en ella hay verdad pura  
ni amistad que no esté aguada.



provocando su venganza,  
en mil ducados le alcanza  
de sus cuentas y su oficio.  
Pues que librarlos prometo  
y pajar esta cuantía  
por él, si a la pena mía  
acudís con el secreto  
que merece vuestro honor,  
estimad la libertad  
de vuestro hermano, y librad  
con su peligro mi amor.

SABINA: Quedó mi esposo Conrado  
preso en Roma, y por no dar  
a atrevimientos lugar,  
que con el mismo cuidado  
que vuestra locura en gaña  
intentó algún atrevido,  
tuve por mejor partido  
venir con mi hermano a España,  
y ya que perdió su hacienda  
mi hermano, no será bien  
que su honra pierda también  
y en mil ducados la venda.  
Pues, poniéndola en mi mano,  
quiso dejarla a mi cuenta,  
por deudas no será afrenta  
el estar preso mi hermano.  
Mas, decid, si me deshonra  
de vuestro amor el exceso,  
¿no es mejor honrado y preso  
que salir libre y sin honra?

PAULO: Mirad que declararé  
los insultos de Lamberto,  
porque de su desconcierto  
todos los excesos sé.  
Forzarásme a deshonorarle,  
y no es bien, siendo mi amigo.

SABINA: ¿Puede darle más castigo  
la justicia que afrentarle?  
Pues si eso vuestra malicia  
intenta y le ejecutáis,  
¿en qué os diferenciáis  
de la más cruel justicia?  
Idos, amigo inconstante,  
y esto os baste por castigo,  
que quien es tan ruin amigo  
mal puede ser buen amante.

PAULO: Básteme para venganza  
de aquese desdén tirano  
que esté preso vuestro hermano;

quíteseos la esperanza  
 de verle suelto jamás;  
 poco su peligro os mueve  
 y poco Lamberto os debe.  
 Yo procuraré de hoy más,  
 ingrata, desconocida,  
 de que vuestro poco seso  
 agrave más el proceso.

SABINA: ¡Ay hermano de mi vida,  
 que pudiéndote soltar  
 tenerte preso consienta!  
 Pero, ¡ay honor! vuestra afrenta,  
 ¿no es más de considerar?  
 ¿Qué haré en confusión tan grave,  
 donde el amor y la honra  
 concurren? Mas la deshonra  
 no afrenta si no se sabe.  
 Espera, Adorno. (¡Ay de mí!)

PAULO: La dicha de vuestro hermano  
 depende de vuestra mano.

SABINA: ¿Guardaréis secreto?

PAULO: Sí.

SABINA: Luego os alabáis los hombres  
 en gozando a una mujer.

PAULO: Noble soy.

SABINA: Temo perder,  
 por más que hidalgo te nombres,  
 la fama, que sólo estriba  
 en la vulgar opinión,  
 y así, muera en la prisión  
 mi hermano, como ella viva.  
 ¡Vete ocasión de mi afrenta!  
 ¿Voyme?

PAULO: Aguarda. (¡Ay vil temor!  
 no pensé yo, amado honor,  
 ponerlos jamás en venta.)  
 En fin, ¿guardaréis secreto?

PAULO: Sí, que quien de veras ama  
 guarda el honor de su dama.

SABINA: Cuando es amante perfeto:  
 juradlo.

PAULO: Por esos ojos  
 que hacen cielo aquesa cara.

SABINA: Pluguiera a Dios que cegara  
 honor, y no os diera enojos:  
 soltad mi hermano primero.

PAULO: Haré que le den mi casa  
 por cárcel.

SABINA: La fama abrasa  
 más que él honor el dinero.

PAULO: Esta noche le tendré  
en ella, por que no impida  
la ocasión, prenda querida,  
que intenta gozar mi fe,  
si mi ardiente amor pagáis  
y a la mañana en la vuestra  
le tendréis.

SABINA: (Honor, en muestra  
de lo que a Lamberto amáis,  
disimulad este insulto.

PAULO: ¿Vendré esta noche?

SABINA: No sé.

PAULO: Cuando en sus faldas esté  
durmiendo el silencio oculto  
vendré, sin que pueda Apolo  
ver lo que por mí arriesgáis;  
¿qué decís?

SABINA: Que no vengáis;  
mas, si venís, que sea solo.

*Vase*

PAULO: ¡Victoria, ciego interés!  
Sujeta a tus pies está  
la honra; ¿mas qué no hará  
en la corte un ginovés?  
Pues aunque se suba al cielo  
Amor, porque todo es alas,  
cuando son de oro las alas  
cualquiera le alcanza el vuelo.

*Vanse. Salen el CABALLERO de GRACIA, FISBERTO y  
RICOTE*

CABALLERO: El cardenal, mi señor,  
en esta carta me manda  
que ponga todo calor  
en la piadosa demanda  
del Carmen, y que el favor  
de la princesa procure  
para que sitio le den  
de un convento que asegure  
la religión, y es muy bien,  
aunque la vida aventure  
en tan cristiano cuidado,  
que honre la corte española  
el instituto sagrado



del Carmen, que estaba sola  
sin este orden celebrado.  
Luego hablaré a la princesa,  
Fisberto, con la eficacia  
que pide tan justa empresa.

FISBERTO: Sois Caballero de Gracia,  
por vos el cielo interesa  
la virtud que reconoce  
en vuestro cristiano celo.

CABALLERO: Razón es que Madrid goce  
las gracias que da el Carmelo.  
¿Cuántos padres vienen?

FISBERTO. Doce.

CABALLERO: Al sacro colegio imita  
de Cristo. Yo haré que aquí  
tenga la Orden Carmelita  
un monasterio.

RICOTE: Eso sí  
devociones ejercita,  
que tú engordarás con eso.

CABALLERO: Ya que me he vuelto español  
su celo y virtud profeso;  
ésta es la Puerta del Sol,  
bien estuviera, os confieso;  
aquí el sitio de esta casa,  
que el concurso de la gente  
que por aquí al Prado pasa  
es notable.

FISBERTO. Y excelente  
vuestra elección, si es que pasa  
por aquesto el Hospital  
de la Corte.

CABALLERO: Dudáis bien,  
que es pobre, aunque en nombre real  
demás que está aquí también  
la Victoria y se hacen mal,  
cuando las comunidades,  
por estar cerca. se quitan  
provechos y utilidades  
de devotos que visitan  
sus conventos y hermandades.  
Pero, decidme, ¿qué casa  
es aquella donde tantas  
salen y entran?

FISBERTO, Donde pasa  
un trato no para santas.

RICOTE: Donde Venus da a la tasa  
Zupia que el seso derriba;  
feria donde abre sus tiendas  
el vicio a gente lasciva,

y es, en fin, porque lo entiendas,  
rastros de la carne viva.

CABALLERO: ¿Qué dices, loco?

RICOTE: ¿Esto ignoras?

A fe que lo saben hartos;

[...]

lonja de gente ruin,  
de la basura rincón,  
y por no hablar en latín,  
es, hablando con perdón,  
la casa pública, en fin.

CABALLERO: ¡Jesús! ¿La casa es aquésta  
donde la gente perdida  
vive o muere deshonesto?  
¿Donde la vergüenza olvida  
la honra que tanto cuesta?  
¡Válgame Dios, ya que admite  
la costumbre y los engaños  
que el vicio en la corte habite,  
y porque mayores daños  
excuse, aquéstos permite.  
¿Es posible que consienta  
que en esta publicidad  
tenga su casa el afrenta?  
¿Que la deshonestidad  
pague aquí al infierno renta?  
Junto a la Calle Mayor,  
por donde la gente pasa  
de más caudal y valor,  
¿la torpeza tiene casa  
y a todos no causa horror?  
¿Qué doncella recogida,  
qué mujer noble y de suerte  
verá esta gente perdida  
al pasar, que no despierte  
la pasión más reprimida?  
¿A quién no ha de dar enojos,  
siempre que por aquí venga,  
el ver que en viles despojos,  
esta nube Madrid tenga  
en las niñas de sus ojos?  
¿Donde el honor español  
vive, la deshonra puebla,  
siendo de virtud crisol,  
la obscuridad y tiniebla  
junto a la Puerta del Sol?  
Eso no, ¡Madre de Dios!  
ya tengo casa que os dar;  
Del mundo salió por Vos  
el demonio, que habitar

juntos, mal podréis los dos.  
Salga de aquí, pues abrasa  
la corte su vil noticia,  
verá la gente que pasa,  
si fue casa a la malicia,  
que es ya de la virtud casa.  
En el corazón me ha puesto  
Dios que aqúeste sitio escoja  
para el convento propuesto,  
porque el alma me congoja  
que aquí el trato deshonesto  
a toda la corte ofenda.

FISBERTO: Si lo alcanzarais, no hay duda  
que es gran cosa.

RICOTE: ¿Y con qué hacienda?

CABALLERO: Virgen, dadme vos ayuda,  
que yo lo haré aunque me venda.  
Pero aguardad, ¿qué príncipe es aquéste  
que tanto coche y gente le acompaña?

FISBERTO: El cardenal don Diego de Espinosa  
invicto presidente de Castilla  
que a la Victoria va.

CABALLERO: Dios me le ofrece  
para que le suplique que al demonio  
quite el colegio vil de gente infame,  
que en mitad de la corte a cada hora  
con torpe amor la honestidad desdora.  
Vámosle hablar. ¡Mi Dios, Virgen del Carmen,  
dadme palabras que moverle puedan  
a que destruya aquéstos que dan muerte  
al alma, y son la gente más perdida.

RICOTE: ¿Qué muerte si le llaman "de la vida"?

*Salen el cardenal ESPINOSA, don DIEGO y otros*

CARDENAL: Consagra el Arzobispo de Toledo  
don Gaspar de Quiroga el templo santo  
que a las Descalzas hizo la princesa,  
y va su majestad a honrar mañana  
la devoción y fiesta de su hermana,  
y así es razón que todos los Consejos  
solícitos acudan a servilla.

DIEGO: Y más un presidente de Castilla.

CABALLERO: No es, señor ilustrísimo, a propósito  
este lugar, para que en él reciba  
memoriales y lea peticiones;  
mas nunca pierde tiempo un pretendiente,

ni tiene el juez perfecto reservado  
lugar adonde no entre la justicia;  
porque los jueces y ministros reales  
consigo han de llevar los tribunales.  
Supuesta esta verdad y mi justicia,  
no debe mi osadía de admiralle  
si hace sala de audiencia a questa calle.  
Diga lo que pretende.

CARDENAL:

CABALLERO:

Digo en suma,  
pues a vuestra ilustrísima compete  
de aquesta corte el régimen político,  
que en su riñón y centro y a los ojos  
de lo más principal que habita en ella,  
hay una casa donde cada día  
se ofende a Dios con juegos prohibidos  
pudiendo estar en partes más remotas.

RICOTE:

CARDENAL:

Y jugando al pasar, todas son pocas.  
¿Casa en Madrid de juego prohibido,  
y que públicamente se ejercite?

CABALLERO:

CARDENAL:

Y se sabe, señor, y se permite.

CABALLERO:

DIEGO:

El Rey y los Consejos.

CABALLERO:

CARDENAL:

Éste es loco.

CABALLERO:

No está su sitio lejos.

CABALLERO:

¿Cómo se llama el dueño de esa casa?  
Torpeza vil que la virtud abrasa.  
Ilustrísimo príncipe, ¿es posible  
que en mitad de esta corte se consienta  
tienda al demonio que le pague renta?  
Las públicas mujeres deshonestas,  
¿es bien que vivan en el mejor sitio  
de la corte que rige los tormentos  
el pecado mayor junto a la Calle  
Mayor de este lugar, y esto se calle?  
Las leyes allá fuera de la corte,  
mujeres despeñadas de sus vicios  
entre barrancos y despeñaderos,  
que cuando está apestada alguna casa  
cerrarla suelen cuando no se abrasa.  
Los padres religiosos del Carmelo  
buscan un sitio en que labrar palacio  
a la Virgen divina, su Patrona.  
Cuando viene a la corte una princesa,  
el rey la hace dar casa de aposento;  
conviértase esta casa en su convento.  
No es bien que las tinieblas, señor, vivan  
junto a la Puerta que del Sol se llama;  
siendo luna sin mácula María,  
habitación tendrá más oportuna  
si a la Puerta del Sol viene la Luna;

- haga a su majestad vuestra ilustrísima,  
pues es su capellán, ese servicio,  
y a Madrid tan honesto beneficio.
- CARDENAL: El celo alabo; pero no conviene  
mudar el orden que la corte tiene;  
gobiérnese a sí mismo, y no se meta  
en ajenos oficios y cuidados,  
que Madrid tiene jueces y ministros  
que dispongan las cosas que les tocan,  
y quien juntó esa casa en este puesto  
consideró primero lo que hacía,  
y yo no pienso variar el uso  
con que a Madrid la antiqüedad dispuso.
- CABALLERO: Señor, señor, perdóneme, y advierta  
que Dios interiormente me está dando  
impulsos para que esto se concluya;  
la casa del demonio ha de ser suya.  
Y si vuestra ilustrísima rehusare  
hacer al Carmen santo este servicio,  
harélo yo, y echando esas mujeres  
de esta publicidad una mañana  
con teclas y campanas verá el cielo  
la casa vil que es casa del Carmelo.
- CARDENAL: Pues cuando llegue vuestro atrevimiento  
con indiscreto celo a hacer tal cosa,  
quitándoos la cabeza de los hombros  
sabré yo dar el pago que merece  
quien al juez superior desobedece.

*Vase*

- CABALLERO: ¡Virgen! ¿Con la cabeza me amenazan  
porque posada os busco? ¡Carmen mío!  
¿Casa dan al demonio en esta corte  
y os la niegan a vos? No lo permita  
la devoción que vive en sus vecinos.  
Con la cabeza me han amenazado,  
si a su costa no más quito al demonio  
aquesta lonja de sus vicios trato  
y casa os doy, comprado habré barato.  
Yo haré de suerte que mañana vea  
aquesta infame casa convertida  
la corte a mi buen celo agradecida.  
A hablar voy la princesa, que yo espero  
de su real cristiandad, cuando edifica  
monasterios a Dios y a sus Descalzas,  
que no permitirá que el suyo tenga  
aquí el demonio; y yo daré dineros  
para que busquen esas desdichadas  
otro puerto a sus vicios conveniente

RICOTE: que no ofenda los ojos de la gente.  
Cualquier partido, si las das moneda,  
te harán cuando las saques de su nido,  
que por eso se llaman "del partido."  
¡Qué notable virtud!

CABALLERO: ¡Virgen divina!  
Como vos tengáis casa en esta corte,  
y de ella se destierre la torpeza,  
¿qué importa que me corten la cabeza?

*Vanse. Sale LAMBERTO, de noche*

LAMBERTO: A las puertas de mi casa  
me han traído los recelos  
del honor, que anda por mí  
animando atrevimientos.  
Díome la suya por cárcel  
la justicia a pedimiento  
de Paulo Adorno, por quien  
he estado hasta agora preso.  
Mil ducados por mi paga,  
y aunque, obligado, confieso  
la libertad que me ha dado  
y el interés que le debo,  
si para discursos tristes  
ofrece la noche tiempo,  
de tal noche que mi honor  
los haga en vuestro silencio.  
Llegué huyendo de mis vicios  
a Madrid, piadoso cielo,  
sin hacienda y sin ventura,  
y apenas en él me apeo  
cuando las persecuciones,  
de las desdichas correos,  
me aposentán en la cárcel;  
que poco importa ir huyendo  
de su daño el que ignorante  
le lleva consigo mesmo,  
porque es alguacil el vicio  
que prende a su mismo dueño.  
Pues honor, si Paulo Adorno  
de mi prisión fue primero  
autor, y a instancia de Roma  
causas me intima y procesos,  
si es su rigor mi fiscal,  
el interés avariento  
que me pide desterrado  
mil ducados por lo menos,  
sospechosa la codicia,

Paulo, ni amigo, ni deudo,  
¿qué ocasión puede obligarle  
a que me suelte tan presto?  
Podrá ser que el cardenal  
le escribiese que, no habiendo  
de dónde cobre su alcance,  
me suelte; fue al fin mi dueño;  
es generoso y ilustre  
prometerme esto y más puedo  
de su cristiandad hidalga.  
Bien, honor, estoy con eso;  
mas a ser así, decidme,  
¿a qué propósito ha hecho  
darme su casa por cárcel,  
y apacible y lisonjero  
esta noche solamente,  
en su mesa y aposento  
le mira mi libertad,  
si por él mañana puedo  
gozar seguro la mía?  
¿Qué interesa en este tiempo?  
¿Por qué me encierra esta noche?  
¿Veis si aprieta el argumento?  
¿Sabina sola y mujer;  
yo ausente, afligido y preso,  
y él liberal y agradable?  
No, honor, no puede ser bueno.  
Armado salió de casa,  
y yo, ya que no discreto,  
por lo menos sospechoso,  
la palabra y cárcel quiebro  
porque esté entero mi honor.  
Desatinado y travieso  
he sido, mas siempre honrado;  
no ha de ser mi hermana el precio,  
por más que el oro conquiste  
de mil ducados, si puedo.  
Sed en estas puertas escoltas,  
no más que esta noche, celos.  
Gente viene: aquí me encubro.

*Sale el CABALLERO de GRACIA*

CABALLERO: En el encantado enredo  
de palacio no han podido  
hallar puerta hoy mis deseos  
para hablar a la princesa  
y dar con su favor medio  
para el convento del Carmen.

En balde he gastado el tiempo,  
no me dejaron entrar  
interesables porteros;  
mas hablaréla mañana,  
aunque ponga impedimentos  
la vil deshonestidad  
pesarosa de que intento  
ganar para la virtud  
el presidio del infierno.  
Ni hallé a Ricote, ni sé  
las calles por donde vengo,  
y pienso que me he perdido.  
Llevadme a mi casa, cielos.

*Sale PAULO ADORNO*

PAULO: La obscuridad de la noche  
ampara con su silencio  
mi pretensión amorosa.  
En mi casa está Lamberto,  
Sabina determinada  
y yo abrasado, ¿qué espero?  
Pero gente hay en la calle,  
el ofrecido secreto  
que Sabina me encargó  
es bien guardar aquí, quiero  
esperará que se vayan.

*Sale SABINA*

SABINA: ¿Si estará mi hermano suelto?  
¡Ay honor, a lo que obliga  
la sangre, pues a ofenderos  
me fuerza! Noche confusa,  
encubrid al vulgo necio  
los peligros de mi fama.  
Si es Paulo Adorno el que veo  
abridle, honra, que en la calle  
el recato corre riesgo.  
¡Ay infelice Sabina!  
¡Ay desdichado Lamberto!  
¡Ay ofendido Conrado!

CABALLERO: ¿Qué escucho? ¡válgame el cielo!  
¿Lamberto y Sabina aquí,  
y Conrado entre lamentos  
piadosos a tales horas,  
si son los tres que sospecho?

SABINA: ¿Sois Paulo Adorno, señor?



CABALLERO: (Por saber este suceso  
tengo que decir que sí.)  
Yo soy, señora, ese mismo.  
(Ésta es la voz de Sabina.)

LAMBERTO: (¡Ay, qué a mi costa habéis hecho  
verdad, honor, mi sospecha!)

PAULO: (¿Otro Paulo Adorno? Bueno.  
¿Descubriréme? Mas no,  
que así la palabra quiebro  
del secreto prometido.  
Mejor es que el sufrimiento  
aguarde a ver en qué para  
este disfraz, que mis celos,  
si prosiguiese en su engaño,  
no dejarán que entre dentro.)

SABINA: Si Lamberto está ya libre,  
que lo supongo por cierto,  
en fe de vuestra palabra,  
pues sois, en fin, caballero,  
mostradlo en esta ocasión,  
y vuestra pasión venciendo,  
obligad prendas del alma  
sin injuriar las del cuerpo.  
Vuestra nobleza agraváis  
si, cual tratante avariento,  
vendéis la necesidad,  
que mil ducados no es premio  
equivalente al honor  
que necesitada os vendo.  
No afrentéis a una casada  
ni a un marido ausente.

CABALLERO: ¡Cielos!  
No en balde aquí me trujiste!  
el perderme os agradezco.  
Sabina es ésta; y si saco  
consecuencias de aquí, a precio  
de su honor la libertad  
ha comprado de Lamberto;  
razón será, cuando quito  
a la desvergüenza el templo  
de la deshonestidad  
y su casa librar quiero,  
que libre la de mi hermano.  
¡Miren si he sido yo cuerdo  
en no casarme! ¡Oh cruel yugo,  
de ti libre Dios mi cuello!  
¿Diré quién soy? Mas mejor  
es, por que me admita dentro,  
fingirme el interesado  
de este afrentoso concierto,

que, apretando los cordeles  
del honor, sabré por ellos  
si hay firmeza, cuando él da  
a la necesidad tormento.)

LAMBERTO: (¿Que mis torpes desatinos.  
en este trance hay an puesto  
a mi hermana? ¿Y que su honor  
haga la torpeza empeño?  
¡Vive Dios, villano amante,  
si a sus honrados deseos  
no correspondes cortés,  
que he de travesarte el pecho!)

CABALLERO: Sabina: si no me abrís  
y a mi amor buscáis rodeos,  
haré volver a la cárcel  
al punto al hermano vuestro.

SABINA: En fin, ¿no pueden con vos  
lágrimas, conjuros, ruegos  
ni el valor de vuestra sangre?  
Entrad, pues, aunque primero  
que ofendáis mi honestidad  
podrá ser, libre el acero,  
la fama que tiranizan  
vuestros gustos deshonestos.

CABALLERO: Abrid la puerta.

PAULO: Eso no,  
ladrón de honras encubierto;  
que asiste aquí de Sabina  
el amante verdadero.

LAMBERTO: ¡Villano! Antes que mi hermana  
agravies, tendrán ejemplo  
en tu muerte los que la honra  
piensan comprar con dineros.

CABALLERO: Paulo Adorno: sosegaos;  
Lamberto, hermano: teneos,  
que estáis los dos engañados.

SABINA: (Aquí está mi hermano, ¡ay cielos!)

PAULO: (Lamberto supo, sin duda,  
la fuerza de mi amor ciego  
y a vengar su injuria vino.)

LAMBERTO: ¿Quién eres?

CABALLERO: Hermano vuestro:  
el Caballero de Gracia.

LAMBERTO: ¿Cómo?

PAULO: ¿Qué escucho? ¿Otro enredo?

LAMBERTO: ¿Jacobó de Gracia vos?  
¡Hola! sacad luces presto.

*Sale RICOTE con un hacha*

RICOTE: Por una hacha fui a mi casa,  
y cuando a palacio vuelvo  
por mi señor, no le hallo;  
suspensión del vino temo.

CABALLERO: Ricote: llega esa luz.

RICOTE: Topé con él; desde hoy  
un credo al Niño perdido

LAMBERTO: ¿Que he sido digno de veros,  
Jacobo, en esta ocasión?

CABALLERO: Dad gracias a Dios por ello  
que a los peligros acude.

LAMBERTO: ¡Qué de ofensas que os he hecho!

CABALLERO: La que hoy hemos restaurado  
es razón que ponderemos,  
y para qué otras se excusen  
quiero en mi casa teneros  
con Sabina vuestra hermana.

LAMBERTO: No nos lo debéis.

CABALLERO: Si, debo,  
pues de perseguirme vos  
mi buena suerte intereso.  
Yo haré que venga Conrado  
libre de Roma, que espero  
del cardenal esto y más.

*A PAULO*

Y vos, pues os hizo el cielo  
rico, aprovechad mejor  
vuestra hacienda, que el empleo  
de los vicios es caudal  
que se pierde con su dueño.  
Venid por los mil ducados  
a mi casa.

PAULO: Yo los suelto,  
dándolos por bien empleados,  
pues os conozco por ellos.

CABALLERO: La vergüenza de Sabina  
impedirá los deseos  
que de verme habrá tenido.  
Andad con Dios, caballero,  
y con vuestro oro fundad  
un mayorazgo en el cielo,  
que no es hazaña de noble  
echar sobre el honor censos.

PAULO: (Este hombre parece santo.)

*Vase*

CABALLERO: Entrad, hermano.  
RICOTE: ¿Qué es esto?  
Esta noche está borracha,  
o yo lo estoy, que es más cierto.

## JORNADA TERCERA

*Salen don CRISTÓBAL de MORA y el CABALLERO de GRACIA, con hábito de Cristo*

CRISTÓBAL: Ha aumentado la afición  
que a vuesa merced tenía  
la nueva prohijación  
que a los dos desde este día  
da una patria y profesión.  
Ya es portugués adoptivo,  
si yo lo soy natural,  
ya a mi nación apercibo  
con hijo tan principal  
valor nuevo.

CABALLERO: Yo recibo  
su noble insignia, señor,  
bien que indigno de tal prenda,  
con obligación mayor,  
pues servirle me encomienda,  
si me hace comendador  
y el ánimo solícito  
que vueseñoría me da  
con la Cruz, en que le imito,  
que buen ejemplo tendría,  
si a sombra suya milito.

CRISTÓBAL: No sé si llega su renta  
a mil ducados, mas quede  
desde hoy a mi cargo y cuenta  
el mejoralle.

CABALLERO: Bien puede  
vueseñoría, aunque intenta  
mi aumento, descuidar de eso  
que mucho menos le basta  
al estado que profeso.

CRISTÓBAL: Sé cuán bien su hacienda gasta.

CABALLERO: Si trae la cruz mucho peso  
podrá ser que a tropezar  
me obligue de tal manera,  
que me estorbe su pesar;  
cuanto fuese más ligera  
será mejor de llevar.  
No apetezco mucha hacienda,  
la que me dio Monseñor  
y la de aquesta encomienda  
me sobra, y siendo mayor  
mi quietud temo que ofenda.

CRISTÓBAL: El Rey sale con su hermana  
la Princesa, mi señora.

CABALLERO: (Mi dicha el peligro allana.  
¿Qué temo? Hablaréle agora,  
pues con su presencia gana  
el favor que he menester.)

*Salen el REY y la PRINCESA, don DIEGO y don  
JUAN*

REY: Ya vuestra alteza estará  
contenta, pues llega a ver  
lo que deseado ha  
tantos días.

PRINCESA: Por tener  
mi monasterio acabado  
y de su fábrica estar  
vuestra majestad pagado,  
puedo a mi ventura dar  
el parabién deseado,  
y porque con su asistencia  
nuestra fiesta ha sido real.

REY: La iglesia es por excelencia,  
y el comenzado hospital  
va conforme el arte y ciencia.

PRINCESA: Con esa satisfacción  
no tendrá la obra defecto,  
pues la aprueba el Salomón  
de España, rey y arquitecto,  
gloria de nuestra nación,  
que el Escorial, en quien fundo  
de Jerusalén el templo,  
que fue milagro del mundo,  
le ha de llamar a su ejemplo  
nuestro Salomón segundo.

*Llégase el CABALLERO de GRACIA, de rodillas,*

*al REY*

CABALLERO: Vuestra majestad, señor,  
castigue en mí un desacato,  
hecho con poco recato,  
aunque digno de loor.  
Junto a la Calle Mayor  
por donde el concurso pasa  
de su corte, tenían casa  
las mujeres más perdidas  
de Madrid, con cuyas vidas  
la mayor virtud se abrasa.  
Supliqué a su presidente  
de Castilla que mudase  
aquella gente y la echase  
a otra parte más decente,  
y que el Carmen excelente  
fundase allí, y la esperanza  
de tan piadosa mudanza  
diese a Dios, con dicha inmensa,  
casa en que vivió la ofensa  
y ya vive su alabanza.  
Respondió con aspereza  
que si la devoción mía  
novedad alguna hacía  
peligra mi cabeza.  
Pero yo; que la torpeza  
de aquesta gente mundana  
aborrezco, una mañana  
hospedar a Dios dispuse,  
desterré al demonio y puse  
celdas, iglesia y campana.  
Holgóse la vecindad  
libre de aquel vituperio,  
ya es del Carmen monasterio  
el de la sensualidad.  
Si esto Vuestra Majestad,  
siendo tan cristiano y fiel,

*Saca un cordel*

PRINCESA: juzga por culpa, el cordel  
desde ayer traigo conmigo,  
para que me de el castigo  
que he merecido con él.  
Vuestra majestad le haga  
merced, porque es cosa mía.

REY: Devota es vuestra osadía;

no es justo que se deshaga  
casa de quien Dios se paga  
y al vicio se pone freno.  
Vuestro celo ha sido bueno,  
y aunque el Carmen en tal cabo  
está bien, el hecho alabo,  
las circunstancias condeno.

*Vase el REY*

- CABALLERO: ¡Qué. compendiosa sentencia!  
¡Qué cristiana conclusión!  
Bien te llaman Salomón  
en la justicia y clemencia.  
¡Prospera Dios tal prudencia!
- PRINCESA: En fin, me habéis imitado;  
un monasterio he fundado  
y otro al Carmen dedicáis,  
como un hospital hagáis  
me habréis en todo igualado.
- CABALLERO: No puedo yo ser igual  
a hazañas tan excelentes,  
aunque a los convalecientes  
también he dado hospital.  
La calle de Fuencarral  
se honra con esta obra pía;  
flaca la gente salía  
enferma y para volver,  
gran señora; a recaer,  
¿de qué curallos servía?  
Allí a su regalo asisto  
mientras fuerza y salud cobra.
- PRINCESA: No sólo en hábito, en obra  
sois caballero de Cristo;  
el celo que en vos he visto  
es bien, Jacobo, que aliente;  
quien sustenta tanta gente  
los gastos tendrá doblados.  
¡Hola! dadle mil ducados.
- CABALLERO: ¿Otros mil? El cielo aumente  
la católica virtud  
con que España se está honrando.
- PRINCESA: Encomendadme a Dios, que ando  
muy quebrada de salud.
- CABALLERO: Como mi solicitud  
lo que le falte asegure,  
¿qué habrá que yo no procure  
para que su vida aumente?  
Mas vuestra alteza, ¿qué siente?

podrá ser que yo la cure.  
PRINCESA: Con oraciones sí haréis.  
CABALLERO: Dígame esto vuestra alteza.  
PRINCESA: De estómago y de cabeza  
mil dolores, que podréis  
remediar si instancia hacéis  
a Dios.

CABALLERO: Valgo para eso  
poco, y aunque no profeso  
medicina, una receta  
tengo yo santa y discreta,  
a quien debo vida y seso.  
Cuando en Bolonia estudiaba,  
de suerte me perseguía  
ese dolor cada día,  
que por muerto me dejaba.  
El médico me mandaba  
beber vino, si mi vida  
estimaba, consumida  
con el estudio y cuidado,  
mi estómago delicado,  
el agua, y poca comida.  
Pero nunca Dios permita  
que el vino haga en mi sosiego,  
tocar en el alma a fuego  
ni su vecindad admita.  
Íbame al agua bendita,  
¡mire que extraña simpleza!  
y prometo a vuestra alteza  
que las pilas agotaba  
bebiéndola, y me aliviaba  
el estómago y cabeza.  
Desde entonces hasta agora  
no he sabido qué es dolor;  
no hay medicina mejor  
que agua bendita, señora.

PRINCESA: Quien vuestra virtud ignora  
juzgara por desatino  
lo que el cielo a daros vino.  
A ser mi fe cual la vuestra  
hiciera en mi salud muestra  
ese remedio divino.  
Con la sagrada divisa  
de Cristus honrado estáis,  
si es que servirme gustáis,  
Jacobo, ordenaos de misa,  
pues vuestra virtud me avisa  
que con tan divino oficio  
daréis de quien sois indicio,  
mi capellán os haré.



CABALLERO: Vuestra alteza en mí no ve...  
PRINCESA: Hacedme aqueste servicio.

*Vanse todos, sino es el CABALLERO*

CABALLERO: ¿Yo sacerdote, mi Dios,  
con suficiencia tan poca?  
¿Yo señor de vuestra boca?  
¿Cristo de mi boca, Vos?  
¿Tanta amistad en los dos  
que, a mi palabra obediente,  
bajáis siendo omnipotente,  
cuando en el cielo asistís?  
Mi Dios, si de esto os servís  
hacedme vos suficiente.

*Vase. Salen FISBERTO y RICOTE*

FISBERTO: Mil ducados que ha dado la princesa  
para ayuda de costa a vuestro dueño  
os dejo en casa.

RICOTE: Buena mosca es esa;  
mas ¿qué importa, si es número pequeño  
cuanto tesoro de Indias interesa  
el Rey para sus gastos? Yo os empeño  
mi palabra que dure poco en casa,  
aunque comemos con medida y tasa.  
Ha hecho un hospital y en él sustenta  
tantos convalecientes que es espanto;  
ochocientos ducados que de renta  
la encomienda no bastan para tanto;  
a un pobre caballero que aquí intenta  
un may orazgo, de su celo santo  
ayudado socorre la pobreza.

FISBERTO: Lastima más si cae sobre nobleza.

RICOTE: Ayer hizo vender toda su plata  
y dio a una mujer noble el precio de ella  
para dote de una hija, porque trata  
de empeñar su hermosura o de vendella.

FISBERTO: Es la necesidad madrastra ingrata,  
no es en la corte la primer doncella  
que a falta de otras joyas su honra vende.

RICOTE: ¡Plegue a Dios que después no la remiende!

FISBERTO: Vos tenéis un señor bien diferente  
de los que agora se usan en España,  
dadle esa cantidad y adiós.

*Vase*

RICOTE:

¡Que intente  
traerme al retortero una picaña!  
¡Válgate el diablo, Amor impertinente!  
¿Una fregona a mí, una telaraña  
me ha de coger cual mosca en su garlito?  
Sirviendo a un santo, amar es gran delito.  
¡Ay si lo sabe, pobre de Ricote,  
tras un sermón habrá despedimiento!  
¿Que tenga yo por amo a un virginote  
y me tiene Inesilla? No consiento.  
Emplee Amor en otros su virote.  
Mas, ¡ay Inés! no pidas casamiento  
y friega en este pecho tu retrato,  
de tu esperanza apetecible plato.  
Esto de Inés, ¿qué voluntad no inclina?  
Hay otros nombres ásperos: Olalla;  
ola en mujer, borrascas adivina;  
Dominga, que el domingo han de guardalla;  
Polonia está sin dientes; Catalina,  
empezando por cata han de catalla  
cuantos llegaren; pero Inés--¡qué agrado!--  
¡Ay Dios! ¿Qué haré que estoy inenesado?

*Sale el CABALLERO de GRACIA*

CABALLERO: Extraña confusión me habéis causado,  
católica princesa. ¡Sacerdote  
un pecador de crímenes cargado!  
¿De Oza no temo el riguroso azote?  
Si muere, porque el arca toca asado,  
¿he de tocar yo a Dios?

RICOTE: Señor.

CABALLERO: Ricote.

RICOTE: Mil ducados te envía la princesa.

CABALLERO: Déjame solo.

RICOTE: (Inés, mi alma es Inesa.)

*Vase*

CABALLERO: Los ángeles sin diezmo han alcanzado  
la dignidad del sacerdocio eterno;  
San Francisco, que fue vuestro traslado,  
no se atrevió a ordenar humilde y tierno.  
Cortóse el dedo Marcos, con que ha dado  
a la fe su evangelio y el gobierno  
sacerdotal rehusó, valiendo tanto,

¡y osaré tocar yo vuestro Altar santo!

*Salen un CAPITÁN y ROBERTO*

CAPITÁN: Pretender en la corte sin dinero,  
alegando papeles y servicios,  
es pedir fruta y flores por enero,  
que sólo el interés alcanza oficios,  
pues ni el ser capitán, ni caballero,  
ni en Flandes hazañosos ejercicios  
bastan para alcanzar lo que pretendo;  
pobreza, a vuestra industria me encomiendo.  
Aquí, Roberto, vive una casada  
rica en extremo, su marido ausente.

ROBERTO: Nuestra necesidad es extremada,  
la noche a nuestro intento conveniente.

CAPITÁN: Entremos encubiertos, que, negada,  
si sus joyas gozarnos no consiente,  
con ellas perderá vida y belleza.

ROBERTO: Y su infame rigor nuestra pobreza.

CABALLERO: ¡Oh cruel necesidad!  
¡que la falta de dinero  
obligue así a un caballero  
a ofender su calidad!  
Quitar quiero la ocasión  
que le ofrece su pobreza  
y socorrer la nobleza  
que desdora su opinión.  
Caballero, yo he sabido  
que en la corte pretendéis  
los cargos que merecéis  
porque al rey habéis servido  
valerosamente en Flandes  
contra su gente enemiga;  
la necesidad obliga  
a emprender delitos grandes.  
Tomad estos cien escudos  
por hacerme a mí merced,  
y en gastándolos, volved  
por más, que ellos cual yo, mudos,  
socorrerán con largueza  
el aprieto con que estáis,  
y aquí, ya que allá la honráis,  
no afrentéis vuestra nobleza  
poniendo cosas por obra  
que injurien vuestro valor,  
porque, perdido el honor,  
o tarde o nunca se cobra.

*Dáselos*

CAPITÁN: Dios en mi remedio toca,  
aquestos labios cristianos  
con el socorro en las manos  
con el consejo en la boca,  
remedio de mi desgracia,  
¿quién mi dicha en ti apercibe?

CABALLERO: Andad con Dios, que aquí vive  
el Caballero de Gracia.

CAPITÁN: Gracias doy agradecido  
a tan hidalgo valor.  
Volvamos por vos, honor,  
que os tuve casi perdido,  
y, al que os socorre de gracia  
sin tener de mí noticia,  
llamad de hoy por justicia  
el Caballero de Gracia.

*Vanse*

CABALLERO: Agora importa avisar  
que con cuidado defienda  
su honra, casa y hacienda,  
la que ocasión pudo dar  
a robarla a este soldado,  
que al pobre con opinión  
hace agresor la ocasión  
y la ocasión al pecado.  
Pero, mi Dios, declarad  
las dudas que mi alma tiene.  
Mandado me han que me ordene;  
temo de esta dignidad  
la pureza que procura  
llegar cada día, mi Dios,  
a vuestro altar. Si con Vos  
el alma más limpia y pura  
es inmunda y pecadora,  
¿quién no tiembla? ¿Qué señor,  
aunque tenga más amor  
a quien le sirve y adora,  
si ve que con faltas llega  
descompuesto y mal vestido,  
no le echa de sí ofendido  
y su presencia le niega?  
Pues si nada se os esconde,  
si caláis los pensamientos,  
si medís los elementos,

si no hay parte o lugar donde  
de Vos puedan los humanos  
sus defectos esconder,  
¿cómo os osaré tener  
en mis atrevidas manos?  
Al santo Papa León  
primero, que en Roma un día  
con mil ansias os pedía  
de sus culpas remisión,  
vuestra piedad satisfizo  
diciendo que perdonados  
estaban ya sus pecados,  
fuera de aquellos que hizo  
en ordenar sacerdotes  
sin virtud ni suficiencia.  
Y volvió a hacer penitencia  
por excusar los azotes  
de vuestra ira; pues, Señor,  
si a quien indignos ordena  
dilata para más pena  
el perdón vuestro rigor,  
¿qué haréis al mismo ordenado  
que el *sancta sanctorum* toca  
con las manos y la boca  
y del cielo os ha abajado?  
Vos sabéis lo que deseo  
el ordenarme, Señor,  
que es propiedad del amor  
cuyas llamas en mi veo  
juntarse a la cosa amada,  
y como os amo, querría  
incorporar cada día  
mi alma en vos abrasada  
con la vuestra, pues con Vos  
junto, en fe de que os adoro  
mi ser realzo y mejoro  
haciéndome de hombre Dios.  
No os indigne que mi pecho  
os busque, que es natural  
el pretender cada cual,  
Cristo mío, su provecho.  
Decidme, por que no pene,  
con qué más os serviré,  
¡con que en este estado esté,  
mi Dios, o con que me ordene!

*Sale un PINTOR*

PINTOR: Por saber que es tan curioso

vuesa merced, y que estima  
pinturas, si las anima  
algún pintor valeroso,  
para su oratorio tengo aquí  
dos cuadros de mano  
del celebrado Pinciano.

CABALLERO: Con pinturas me entretengo;  
veamos qué tales son.

PINTOR: Por ser nuevo el pensamiento  
de ésta, ha de darle contento  
y animar su devoción.  
Ésta es de Nuestra Señora,  
que en fe de la reverencia  
que tenía a la presencia  
de un sacerdote, a la hora  
que le veía, se postraba,  
aunque madre de Dios es,  
y en levantando él los pies  
sus impresiones besaba,  
que así María acredita  
a quien da a Dios en sustento.

CABALLERO: Escribe este pensamiento  
San Dionisio Aero gapita,  
y es digno de que se note  
y a espantar el mundo venga,  
que a la madre de Dios tenga  
a sus pies un sacerdote:  
¡Válgame Dios y qué a punto,  
en castigo de mi men gua,  
hace el cielo un pincel len gua,  
y con, aqueste trasunto  
corrige el atrevimiento  
que de ordenarme he tenido!  
Ángeles que habéis servido  
a Dios de escabel y asiento,  
y en honra de las bellezas  
de vuestras jerarquías santas,  
ponéis debajo las plantas  
de María las cabezas;  
¿cómo espanto no os provoca  
que donde pone los pies  
un sacerdote, después  
ponga María su boca?  
La que es en la gracia una,  
la que pisa serafines,  
guarneciendo sus chapines,  
por ser de plata, la luna;  
¿ésa la tierra guarnece  
con su boca, que ha pisado  
él sacerdotal estado?

¿No tiembla; no se estremece  
el que ordenarse porfía,  
encargándose de andar.  
pasos que puedan besar  
después labios de María?  
¿De qué es esotra?

PINTOR:

Ésta es  
del Redentor cuando estaba  
de rodillas, y lavaba  
al falso Judas los pies.

CABALLERO:

Con eso crecen mis dudas.  
¿Cómo, omnipotente Dios?  
¿Por qué ha de ordenarse Vos  
besando los pies de Judas?  
¿Del hombre más atrevido,  
más desleal, más traidor,  
de quien le fuera mejor,  
mi Dios, nunca haber nacido,  
¿vuestra boca en los pies fieros  
ponéis, que os han hecho guerra,  
que están con el polvo y tierra  
que pisó yendo a venderos?  
Si lo hacéis por que después  
se ha de ordenar Jesús, bueno,  
y yo también si me ordeno  
os he de ver a mis pies,  
aunque excuse lo que medro  
en el altar por serviros,  
no lo haré, por no deciros  
lo que al lavárselos Pedro.  
Perdóneme la princesa  
y mis deseos mal seguros,  
que han de ser los pies muy puros  
que Cristo regala y besa,  
y él esos cuadros me lleve  
a mi oratorio, y después  
concertaremos lo que es,  
dando lo que se le debe.

PINTOR:

(Este hombre es sin duda santo;  
grande virtud he en él visto.)

CABALLERO:

¿Que un sacerdote de Cristo  
con vos, Señor, pueda tanto?  
Si del talento que dais  
y de la merced que hacéis,  
libros de caja tenéis  
y estrecha cuenta tomáis  
y yo a pagaros no basto,  
favor que es tan excesivo;  
¿qué mucho deje el recibo  
teniendo alcance del gasto?

Juzgádome ha insuficiente  
él temor que en mí se esparce.

*Salen don JUAN y don DIEGO*

JUAN: ¿Qué Rodrigo Vázquez de Arce  
salió en fin por presidente?  
DIEGO: Presidente es de Castilla.  
JUAN: ¿Que un letrado el mundo mande  
cargo que es digno de un grande  
de España, la primer silla  
un jurista?  
DIEGO: Aunque se asombre  
de un presidente el poder,  
si un ángel no lo ha de ser,  
forzoso es el serlo un hombre.

*Vanse*

CABALLERO: "¡Si un ángel no lo ha de ser  
forzoso es el sello un hombre!"  
Esto se dice en mi nombre,  
alma, dejad de temer.  
Bien es que el misterio note  
que mi fe vino a animar,  
no puede un ángel gozar  
el cargo de sacerdote.  
Hombre es fuerza que ejercite  
tan suprema dignidad,  
de nuestra fragilidad  
Dios tocarte en pan permite.  
Mi poco ánimo condeno,  
fe santa, alentadle vos,  
que el estar siempre con Dios  
me obligará a ser más bueno.  
Ayudada su eficacia,  
si me da su gracia y fe,  
llamarme mejor podré  
el Caballero de Gracia.  
Ya de sacerdote el nombre  
amo, pues llevo a saber,  
si un ángel no lo ha de ser,  
que es forzoso serlo un hombre.

*Vase. Sale INÉS con mantellina, y  
RICOTE*



RICOTE: Inesilla, tu hermosura  
es el hechizo español,  
y siendo tu cara el sol  
no hay contigo noche oscura.  
Ella y el diablo me tienta,  
tu amor vinoso me abrasa.  
Aunque me eche de su casa  
mi señor y hagamos cuenta,  
tu belleza he de gozar  
esta noche a letra vista,  
y siendo amor organista,  
tus teclas ha de tocar.  
Éntrate en este aposento,  
recámara de un lacayo,  
que en tu abril busca su mayo.

INÉS: En no habiendo casamiento  
no aguarde manifiatura.

RICOTE: Ya empiezas a congojarme.  
¡Que no pueda yo librarme  
de los asaltos de un cura!  
Si bebo, un cura bautiza,  
o por decirlo mejor,  
un tabernero el licor,  
con que Noé se autoriza.  
Si salir de noche intento  
entre su tiniebla oscura,  
luego topo con un cura  
que va a dar el Sacramento.  
Si duermo, un cura soñado  
que me descomulgue topo;  
si entro en la iglesia, el hisopo  
está de un cura agarrado.  
Un cura, si no me caso,  
impedirme a Inés procura;  
en signo nací de cura,  
pues los topo á cada paso.  
Entre, y no se me rebulla,  
que hay si la ven al momento,  
sermón y despedimiento  
verle en un pie como grulla,  
que si vidas apetece  
bodas tendremos después.  
¿Que te casarás?

INÉS:

RICOTE: Sí, Inés.

INÉS: Júralo una vez.

RICOTE: Y trece;

pero no ha de ser pesada,  
que cantará si me hechiza  
con Monsieur de la Paliza,  
"la bella malmaridada."

*Vase INÉS*

Esto está como ha de estar,  
cuéstemelo que me cueste;  
mi amo antes que se acueste  
las puertas hace cerrar.  
Mas ya está la ganga en casa,  
perdone su devoción,  
que no es mucho un refregón,  
pues si rizna, luego pasa.  
Coja yo vuestro cabello,  
ocasión, que si la dama  
Iglesia después se llama,  
yo negativo y a ello.

*Salen el CABALLERO de GRACIA y FISBERTO*

CABALLERO: Pues los clérigos menores  
a la corte a fundar vienen,  
y como muebles no tienen,  
ni dineros, ni favores,  
mil ducados que me ha dado  
la Princesa mi señora,  
podrán cumplir por agora  
mi deseo y su cuidado.  
Compren un sitio con ellos,  
que hacia el Prado estarán bien,  
y mientras labran, estén  
en mi casa, que en tenellos,  
Fisberto, en mi compañía,  
gozaré la bendición  
que Dios echó a Obededón.

RICOTE: ¡Un convento cada día!  
¿Qué hacienda basta y caudal?  
El Carmen fundaste ayer.  
No has acabado de hacer  
a los pobres hospital  
en que después convalezcan,  
¿y ya quieres dar posada  
a toda una clerigada  
en tu casa? Aunque merezcan  
todo eso y más, ¿quién te mete,  
señor, en tantos extremos,  
ni en casa cómo podremos  
caber con tanto bonete?

CABALLERO: Pluguiera a Dios que pudiera  
como el gusto lo acomoda,

hacer y o una corte toda  
de religiosos.

RICOTE: Y hubiera  
mucho que ver en Castilla,  
pues en fe de aquesa ley,  
hubiera de andar el rey  
con bonete o con capilla.

CABALLERO: Llevadlos ese dinero,  
y mañana a vivir ven gan  
a mi casa, donde tengan  
hospedaje, que, pues quiero  
ser clérigo, en compañía  
de los que clérigos son  
Menores, su perfección  
dará materia a la mía;  
ve tú también con Fisberto.

RICOTE: (Mas quedo con mi ocasión,  
Ciégamele San Antón,  
que si la topa soy muerto.)

*Vanse*

CABALLERO: Dinero, echándoos de casa  
echo de ella al enemigo,  
y a la avaricia castigo  
mísera, necia y escasa.  
Mi Dios, pues sois Rey,  
razón, es que en la corte viváis,  
y en muchas casas tengáis  
religiosa habitación.  
¡Ojalá que yo pudiera  
en estas ocupaciones  
traer cuantas religiones  
os sirven, por que viviera  
satisfecha la codicia  
que alienta mi devoción,  
porque las órdenes son  
tercios de vuestra milicia.  
Sin dineros me he quedado  
aun para la costa corta  
de mi casa, mas ¿qué importa?  
¿Con Dios no los he gastado?  
Él nos dará de cenar,  
que no es deudor avariento.  
Pasos parece que siento.  
¿Quién pudo adentro quedar,  
si Ricote fuera está  
y en su compañía sola  
vine? ¿Quién puede ser? ¡Hola!

¿Quién anda ahí? Salga acá.

*Sale INÉS*

INÉS: Ya salen, ¡válenos Dios!  
CABALLERO: ¿Qué es esto?  
INÉS: Una mujer es  
que no es nadie.  
CABALLERO: ¿Quién?  
INÉS: Inés.  
CABALLERO: Pues ¿qué, buscáis aquí vos?  
INÉS: Buscaba a mi matrimonio,  
que es Ricote.  
CABALLERO: ¿Para qué  
le buscáis vos?  
INÉS: Ya lo ve;  
engañónos el demonio.  
CABALLERO: ¿Pues está con vos casado?  
INÉS: No, señor; pero podía.  
CABALLERO: ¿Hay tan gran bellaquería?  
INÉS: Trátele bien, que es honrado.  
CABALLERO: ¡Jesús! ¿Deshonestidades  
en mi casa?

*Sale LAMBERTO*

LAMBERTO: ¿Qué es aquesto?  
CABALLERO: Oh Lamberto, deshonesto  
Ricote...  
INÉS: Hablando verdades,  
no ha habido hasta agora nada.  
LAMBERTO: Pues ¿qué es lo que había de haber?  
CABALLERO: Llevadme aquesta mujer,  
a la galera.  
INÉS: ¡Ay cuitada!  
CABALLERO: Llevadla.  
INÉS: ¿Yo galeota?  
¡Señor, duélante mis quejas,  
que diz que rapan las cejas,  
y allí una cómitra azota  
hasta que se cansa!  
CABALLERO: Ansí  
no ofenderéis a Dios más.  
INÉS: Si agora perdón me das,  
yo os prometo desde aquí  
ser un ánima de Dios,  
una santa Catalina.  
CABALLERO: Lamberto, haced que Sabin a

la tenga encerrada, y vos  
cuidad también de guardarla  
hasta que busquemos medio  
con que la demos remedio.  
INÉS: ¿Encerrarme? Más matarla.  
CABALLERO: ¿Casaréisos?  
INÉS: Eso sí.  
CABALLERO: Pues sed vos mujer de bien,  
que yo haré que dote os den.  
Ea, llevadla.  
LAMBERTO: Vení.  
INÉS: El verá qué bien apruebo  
como casamientos haya.  
CABALLERO: Tened cuenta no se os vaya.  
LAMBERTO: A casa, hermano, la llevo.

*Vanse*

CABALLERO: Que tenía en opinión  
yo a Ricote de virtuoso,  
mas siempre es dificultoso  
conocer un corazón.  
Ya os entiendo, torpe vicio,  
que, como entrada no halláis  
en mi casa, os contentáis  
con el más frágil resquicio  
de un criado, que el castillo  
de más defensa y poder  
tal vez se suele perder  
por el más flaco portillo.  
Sin luz quiero aquí esperarle,  
que no acabo de creer  
sino que aquesta mujer  
entró aquí para engañarle;  
sabré a obscuras lo que pasa  
cuando la vuelva a buscar,  
y un instante no ha de estar  
si es que la trujo a mi casa,  
que de la torpeza ciega  
rehuso la vecindad,  
y la deshonestidad  
es contagio que se pega.

*Sale RICOTE*

RICOTE: De la mitad del camino  
vuelve el temor mis pies,  
recelando que mi Inés

tope mi medio Teatino.  
Cerrado en su sala está,  
porque a la quietud se inclina,  
y si no se disciplina,  
o contempla o rezará.  
Aquí mi virtud quedó,  
el diablo me precipita.  
¿Inés, oyes, Inesita,  
amores, si se durmió?

CABALLERO: (¿Hay tal cosa, que en travieso  
hay a dado aqueste loco?)

RICOTE: Basta ya la burla un poco.  
Inés, aquí está tu hueso.

CABALLERO: (¡Jesús, qué hombre tan perdido!)

RICOTE: ¿Inés, fregoncilla mía?  
Yo soy; el diablo sería,  
Inés, que te hubieses ido.  
Ya está mi amo santurrón,  
o rezando, o acostado,  
mira que estoy rematado;  
háblame, mi corazón.  
O está durmiendo o se fue,  
voy por luz para saberlo.

*Vase*

CABALLERO: No lo creyera a no verlo.  
¡Cielos, que en mi casa esté  
hombre de tales costumbres!  
Despediréle al momento.

*Sale RICOTE con una luz*

RICOTE: Mucho, Inés, tus burlas siento;  
basten ya las pesadumbres;  
háblame, ¡cuerpo de Cristo!  
que no hay temer embarazos;  
fregon a, dadme esos brazos.  
¡Ay, Jesús! ¿Qué es lo que he visto?  
¡En las brasas hemos dado!  
¡Oh quién no hubiera nacido!

CABALLERO: ¿Qué buscáis aquí?

RICOTE: He perdido,  
porque el rosario he quebrado,  
unas cuentas por aquí,  
y traje luz para alzarlas.

CABALLERO: Cuentas, que mal podréis darlas  
de vos.

RICOTE: Algunas perdí,  
y como rezo por ellas  
pesadamente le llevo.

CABALLERO: Andad, y de lo que os debo  
mañana volved a hacellas.  
No estéis en mi casa más.

RICOTE: Pues qué, ¿hay ya despedidura?  
¿Es por Inés por ventura?  
Si la mirase jamás  
un basilisco me mire.

CABALLERO: No me repliquéis, salid;  
buscad señor en Madrid  
a quien servir.

RICOTE: No se admire  
de cosas, vuesamerced,  
humanas.

CABALLERO: ¿Cómo no ís?  
RICOTE: Si a la Red de San Luis  
vivimos y en una red  
pesca el demonio por uso  
tanto perdido mancebo,  
¿qué se espanta si por cebo  
una merluza me puso  
que picase en el anzuelo?

CABALLERO: Idos, que os haré llevar  
a la cárcel.

RICOTE: Perdonar  
los pecados manda el cielo.  
¡Duélase de un pecador  
lacayo!

CABALLERO: Sois deshonesto.  
RICOTE: Si se ha enojado por esto  
yo me caparé, señor.

CABALLERO: Idos.  
RICOTE: Iránse importunas  
tentaciones desde hoy;  
escarmiento, pues me voy  
despedido y en ayunas.

*Vase. Sale el CAPITÁN*

CAPITÁN: En fe, señor, de la ayuda  
que no ha mucho que me hicistes,  
cuando mi honor socorristes,  
es fuerza que agora acuda  
a ejecutar la palabra  
que a mi pobreza habéis dado.  
En Nápoles he alcanzado,  
que en fin la paciencia

labra de la justicia los pechos  
la conducta que pedí,  
y para salir de aquí  
y pagar los gastos hechos,  
fuera de la cantidad  
que me distes, y vos debo,  
culpado, si veis que me atrevo,  
mi muda necesidad,  
otros doscientos ducados.  
Si me los dais, entended  
que excusáis con tal merced  
atrevimientos soldados;  
que, con algún desatino  
haré, negándolo vos,  
cosa en ofensa de Dios  
que remedien mi camino.

CABALLERO: Huélgome que despachado  
de Madrid salga tan bien,  
y que en Nápoles le den  
premios de tan buen soldado;  
pero vuesa merced viene  
en coyuntura terrible.  
Por agora es imposible  
socorrelle, que no tiene  
esta casa un solo real;  
pero procure volver  
mañana, que podría ser  
acudirle.

CAPITÁN: ¡Pesia a tal!  
a mañana, y con "podría"  
me remite. ¡Juro a Dios!  
Que he de salir a las dos  
de la noche.

CABALLERO: Por un día  
no es mucho que se detenga.

CAPITÁN: ¡Voto a Dios! Que aunque procure  
hurtarlo...

CABALLERO: Paso, no jure.

CAPITÁN: Pues no me diga que venga  
tantas veces, que un hidalgo  
de mis prendas y valor  
suele...

CABALLERO: Dígame, señor:  
¿por dicha débole algo?

CAPITÁN: Débeme mucho si mide  
el empacho que me mueve,  
porque al noble se le debe  
lo que con vergüenza pide.  
Mas no importa, que escalando  
un par de casas tendré



con que pagar, y me iré  
 de hipócritas murmurando.  
 ¡Voto a Cristo, que quien ruega  
 a quien guerras nunca ha visto!  
 CABALLERO: Pues ¿qué culpa tiene Cristo  
 de lo que un hombre le niega?  
 CAPITÁN: Es costumbre envejecida.  
 CABALLERO: Prométame no jurar  
 por su vida, y le haré dar  
 lo que pide.  
 CAPITÁN: ¿Por mi vida?  
 ¿Es censo? Aqueso sería  
 morirme yo.  
 CABALLERO: ¿Y por un año?  
 CAPITÁN: Es un siglo.  
 CABALLERO: ¡Vicio extraño!  
 ¿Un mes?  
 CAPITÁN: Tampoco.  
 CABALLERO: ¿Y un día?  
 CAPITÁN: Por un día, aunque es tormento,  
 vaya, y o lo cumpliré.  
 CABALLERO: ¡Jurará!  
 CAPITÁN: No juraré;  
 ¡por el Santo Sacramento!  
 CABALLERO: ¿Pues jura?  
 CAPITÁN: Esto es despedirme  
 del juramento postrero.  
 CABALLERO: Vuelva peor ese dinero  
 luego.  
 CAPITÁN: Tengo de partirme  
 esta noche.  
 CABALLERO: Haré empeñar  
 cuanto tengo.  
 CAPITÁN: Voy seguro;  
 mas ¡voto...!  
 CABALLERO: ¿Jura?  
 CAPITÁN: No juro.  
 (¡Voto á Dios que iba a votar!)

*Vase*

CABALLERO: No sé cómo cumplir pueda  
 lo que tengo prometido  
 a este soldado afligido  
 el corto plazo que queda.  
 Dentro de un hora vendrá  
 por los docientos ducados,  
 y por excusar pecados,  
 ¿qué no hallándolos hará?

Por remediarle con ellos  
he de buscarlos; no hay prenda  
mi Dios, que empeñe ni venda,  
ni traza para tenellos.  
Socorred esta desgracia  
y volved, Señor, por mí;  
mas ¿qué es esto?

*Sale un ÁNGEL en traje de caballero*

ÁNGEL: ¿Vive aquí  
el Caballero de Gracia?

CABALLERO: Yo soy el que buscáis.

ÁNGEL: Cierta persona me envía  
a que en alguna obra pía,  
de las muchas en que estáis  
todo el tiempo entretenido,  
gastéis docientos ducados  
que os traigo en oro.

CABALLERO: Cuidados,  
el cielo os ha socorrido;  
no sé con qué os satisfaga  
la ocasión que llegáis;  
a Dios, señor, los prestáis,  
segura tenéis la paga.

*Saca un libro de caja*

ÁNGEL: En este libro apercibo  
lo que yo a pagar no basto,  
en él asiento su gasto  
y en él pongo su recibo.  
Firmad aquí que le dais  
esos docientos ducados  
a Dios, hidalgo, prestados.  
¿Para qué a Dios los cargáis  
si al fin los recibís vos?

CABALLERO: Es ésta costumbre mía.

ÁNGEL: Dios, Jacobo, os los envía,  
agradecedlos a Dios.

*Cáesele la capa y sombrero y vuela el  
ÁNGEL*

CABALLERO: ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
Desapareció y se fue  
el que socorrió mi fe.



Por muerte de Sixto Quinto  
todo el Colegio Romano  
le adora por vice Dios.  
CABALLERO: ¡Gracias a los cielos santos!  
LAMBERTO: El cardenal, mi señor,  
su sobrino, ha perdonado  
mis travesuras.  
SABINA: Y libre  
a vuestra instancia, Conrado,  
volviéndole a recibir  
en su servicio y amparo,  
también reduce a Lamberto,  
y su hacienda y mayorazgo  
le restituye y perdona,  
por lo que debemos daros  
las gracias mi hermano y yo.  
CABALLERO: Dadme en albricias los brazos.  
LAMBERTO: Partirémonos a Roma al punto.  
CABALLERO: A la iglesia vamos  
a darle el pláceme a Dios,  
de su divino vicario,  
que yo, después que en mi casa  
seguro hospicio haya dado  
a los clérigos menores  
de virtud espejos claros,  
pienso partirme a Toledo  
a ordenarme de orden santo,  
por que siendo sacerdote  
tome el cielo con las manos.

*Sale RICOTE de clérigo menor con un gran  
bonete*

RICOTE: Del ocio y mundo repudio;  
no más chanzas y barrancos,  
adiós, Inés fugitiva,  
ya renuncio tu estropajo.  
FISBERTO: Ricote: ¿qué traje es éste?  
RICOTE: Éste es un traje esquinado  
con cuernos que no deshonoran;  
¿no me ven embonetado?  
Pues por mí dicen que dijo  
nuestro refrán castellano  
lo de "a come de bonete."  
CABALLERO: Huélgome que reformado  
estéis de vida y costumbres.  
RICOTE: Padre Ricote me llamo.  
CABALLERO: Vamos a ver la princesa,  
que no poco se habrá holgado

con la elección acertada  
de su santidad.

LAMBERTO:

Es tanto  
lo que de este caballero  
hay que decir, que lo guardo  
para la segunda parte,  
por lo que habéis estimado  
al Caballero de Gracia  
en Madrid sus cortesanos.